

PRENDER UN FUEGO VIOLETA

Eugenia Jambruia



Ilustración de Leti Giudice

FPyCS-UNLP

Peligro de derrumbe

Vos no vas más a trabajar ya te lo dije. ¿Tengo que repetirlo? ¿Para qué vas a ir si es cambiar la plata? Después vienen, dejan tirados a los chicos, te afanan media casa, están un tiempo y se van. Ya te lo hicieron dos veces.

— Ese es el problema, que no encuentro a nadie confiable. Mati y Agos son chicos, aunque Juli ya es más grande. Tiene que haber alguien, no vamos a llegar a fin de mes sino. Y además ya hace años que estoy todo el día acá. Quiero trabajar, aportar en la casa, tener un mínimo de independencia. Hasta el baño voy con ellos, no tengo ganas de estar todo el tiempo así.

Daniel era buen tipo, sencillo, sociable, y dispuesto para con los demás. Parecía necesitado de amor en los pequeños actos. Tal vez por eso decidió cargar con dos hijos que no eran los suyos, pero hacía de cuenta que sí salvo algunas excepciones, por cómo miraba a su hija, pero sobre todo por cómo la protegía. Le armaba una burbuja que era grande, y a la vez fácil de romper. Ahí adentro metía principalmente a Agos, su hija, y a Magda, su esposa. Los demás podían ir variando, rotando, él no le daba demasiada importancia. Para él siempre había alguien a quién meter y a quién sacar. Pero preservar los nenes y a Magda era para él la dedicación de su vida, una forma de encontrar el cariño que tanto necesitaba.

Las cosas habían empezado mal desde el vamos. En los 90' las relaciones eran diferentes, y todavía se buscaba la familia con la casa, el jardín, el perro y la foto de todo eso. ¿Cómo no creer que aquella historia de amor era cierta? ¿Por qué no iba él a pensar que Magda se olvidaba las llaves a propósito cada vez que salían de la casa de sus amigos? ¿Cómo no iba Magda a pensar bien de él, si le encantaban los bebés? Pasó poco tiempo, y cuando quisieron acordar ya estaba todo el combo completo: salón, familia, hijos vestidos de fiesta, trajecito blanco para Magda, traje gris para Daniel, y adentro todos para la foto. En menos de tres años, Magda se había divorciado, se había vuelto a casar, tenía a Juli, a Mati y venía Agos en camino.

La vida es vertiginosa, solía decir Victoria, y lo era para ellos. Ella sabía mejor que nadie que Magda siempre andaba buscando el amor. Aunque según ella nadie

conocía mejor a su hija, tal vez Magda buscaba otro amor, que no lograba encontrar. Pero, en el medio, se iba perdiendo y encontrando en cada embarazo, en cada nacimiento, y en cada casamiento. Magda seguía su corazón (eso decía), aunque a veces el corazón se confunde. Sus padres la apoyaban en sus decisiones, incluso cuando no estaban de acuerdo.

A Magda la conozco desde siempre, desde antes de entrar a la escuela. En el barrio siempre era la que me acompañaba en todo: asustábamos a Raúl y a Gloria la hacíamos putear a su madre, Juana, que era católica a más no poder, y de paso le ensuciábamos la galería que siempre tenía impoluta. Era un poco de maldad sí, ante tanta pulcritud.

Magda era mi mejor amiga, y no quería demasiado a mis otras amigas. A Mechi no la podía ni ver, porque decía que era una nariz respingada, y que en el colegio de curas le hacía la vida imposible a las compañeras que estaban pupilas. Además, le decía que no se podía juntar con esas negras, porque no eran como ellas. No sé, yo no iba a la escuela con ellas, y me resultaba difícil elegir. Así que trataba de mediar, para que todo anduviera bien.

— ¿Podés venir a comer o hay que seguir esperándote?

—Ya voy ¡Ya voy, mamá!

—Sabés bien a la hora que se come en esta casa, ¿o no?

—Siempre la misma insoportable, vos.

Creo que a Victoria no le faltaron ganas de aplicarle un correctivo, pero como estaba yo, se contuvo. Aunque después de ese almuerzo no vi a Magda por quince días.

La relación entre Magda y Victoria era cada vez más difícil. Magda había pasado de ser la hija única, siempre arreglada, siempre sonriente, a ser la revoltosa de la escuela, del barrio, y de la casa. Con diez años no dominaba su carácter, y tenía a todo el mundo observándola. Creo que, en el fondo, mi amiga había

cambiado, porque necesitaba atención. El nacimiento de sus hermanos de un lado y del otro, era tal vez la causa de esa búsqueda eterna del amor.

Parecía una tormenta, de esas que se desatan de golpe, y entre el viento y el agua lo destruyen todo. Cuando el agua baja las cosas toman forma. Pero adentro nunca queda todo en su lugar, los muebles tapan las marcas, y hacen que se olvide que las paredes se vienen abajo. A Magda y a Daniel les había pasado un poco eso.

La primera vez que Daniel le pegó, fue después de discutir por un compañero de trabajo. Poco a poco empezó a preguntarle para que le contara otra vez toda la historia de cómo se habían hecho amigos, y en qué momento la amistad se había fortalecido. La dejó hablar y cuando terminó sacar la tomó fuerte del cuello, y le dio un cachetazo en la cara. Mientras que me lo contaba, se tocaba la cara, como si recién hubiese pasado. Así poco a poco, empezó a narrar por qué se había vuelto tan esquiva, tan distante, y tan fría. Todos los años que habíamos estado separadas, haciendo cada una nuestras vidas, Magda sufría adentro de su casa y casi en silencio. Supo después de la última separación que tuvo con Daniel, que tan en silencio no había sido. Me contó Magda que un día Juli le soltó todo lo que tenía guardado, ya era adolescente y no solía tenerle miedo a nada, pero no podía entender en ese momento por qué su mamá no se separaba definitivamente.

— Mamá, no vuelvas más con él, por favor. Pensá en vos, pensá en nosotros. No quiero que vuelva más a casa. Mamá yo los escuché cada noche, discutiendo bajito, escuché cada palabra, lloré en silencio cuando cerraban la puerta. Mamá era yo la que se levantaba a golpear algo, para que se callen, para que no nos despierten más. Vas a tener que elegir o él o yo.

Cuando Juli le dijo eso a Magda se le vino el mundo abajo. Su niña había perdido su risa y su infancia rodeada de todo eso. Había vivido en carne propia cada batalla de su madre. Magda se estaba secando por dentro, y ese estado también estaba llegando a Juli, y las dos sabían que no iba a tardar mucho en expandirse al resto. Eso fue lo que a mi amiga le dio vuelta la cabeza, ese fue su motor, y su valentía.

Daniel iba y venía, molestaba, le hacía la vida imposible. La amenazaba de todas las maneras y después le pedía perdón llorando de rodillas. Quería volver, decía que ellos eran todo lo que él tenía, que su vida perdía sentido lejos de ahí. Cada vez que se ponía nervioso las palabras no le salían, apenas unos monoslabos, una mirada esquiva, pero con bronca. El amor no duele le había dicho Juli a su mamá, y esa mirada de Daniel los hacía sangrar a todos.

La nota decía: “*Agos se fue conmigo, no quiere vivir más en esta casa*”. Cuando Juli la agarró nos llamó a Magda primero y después a mí. Me acuerdo que ni bien corté estaba a tres cuadras del trabajo, la fui a buscar y la alcancé a media cuadra. Estaba pálida y no se acordaba dónde había dejado el auto.

— No importa, subí, vení, vení. Tranquila, ya llamé a Rodrigo, está yendo para tu casa, para saber cómo seguir con esto Magda. ¿Te das cuenta? ¿No?

— Dónde se la llevó, dónde se la llevó. Me da apagado el celular —no paraba de llorar ni de temblar—.

Cuando llegamos Juli estaba con la vecina de enfrente. Como le habíamos dicho que no entrara a la casa nos había hecho caso. Cuando se vieron se abrazaron y siguieron llorando. No podíamos entrar, el abogado nos recomendó no hacerlo hasta que él no llegara, y estaba en camino. En eso veo que Juli se queda con los ojos clavados en el celular hasta que atiende:

—Vas a ir preso, dónde tenés a mí hermana.

—Pasame con tu mamá

—¡Decime dónde está mi hermana, te vamos a denunciar! —dijo a los gritos— .

Magda agarró el teléfono, y yo la sostuve por atrás.

—Basura, qué hiciste con mi hija.

—Está en lo de tu mamá ¿te asustaste? habíamos ido a pasear... —Magda no podía gritar, le hablaba bajo, entre dientes, rumiando toda la furia que había comido durante años.

—Vas a ir preso, te juro por mis hijos que vas preso o te internan.

—Eso está por verse.

Magda todavía estaba gritándole al teléfono cuando llegó Rodrigo, que venía para ver cómo hacer la denuncia, y qué pasos dar para no pisar en falso. En eso la explosión, el ruido, el auto de Rodrigo todo roto, y él con sangre de las esquirlas de los vidrios. Me acuerdo que cuando miré no sé como lo hicimos, pero a Juli la tiramos al piso y la cubrimos. Y ya tiradas en el piso, la miré a Magda y en un rugido gritamos.

Nunca supimos si calculó mal el tiempo, o estuvo de cerca siguiendo todo. Le voló media casa con ella y su hija mayor viéndolo todo. Después de revisarnos en el hospital, el médico hizo la denuncia, y nos dijeron que quedábamos las tres internadas. Por suerte en una habitación. Juntas.

Al otro día vinieron Victoria, Agos y Mati. Y no entendían lo que había pasado, Rodrigo nos había dicho que a ellos no les dijéramos. Era imposible no hablar del tema.

—Mamá qué pasó ¿están bien?

—Sí, hijo estamos bien, hubo un problema nada más. Y como la tía estaba con nosotras, por eso está acá también.

—Qué pasó mami, justo papá me dijo que la abuela había pedido que fuera. Pero cuando llegué la abuela no estaba todavía.

—No vamos a poder volver a casa. Por un tiempo vamos a tener que vivir en lo de abuela.

—No, cómo mami, y nuestras cosas, no tengo ropa, no tengo las cosas de la escuela, nada.

—Escuchenmé ya vamos a ver cómo arreglamos eso. Pero a casa no podemos ir, ni entrar por un tiempo.

— ¿Pero por qué? —Dijo Mati ya a punto de llorar.

—Porque en casa hubo un problema ¿y vieron que la casa es vieja?

Los dos asintieron con la cabeza al mismo tiempo.

Bueno, por eso. Hay peligro de derrumbe en casa, no vamos a poder entrar por un tiempo.

Lo que vos decidas

Un día Vale me llama a casa, en ese momento los celulares no existían, había que arreglárselas para hablar en secreto o en clave, para que nadie entendiera lo que estabas diciendo. Además, hablar bajo, hacer muchos hummm y ajá ajá, sin levantar demasiadas sospechas. Mientras, en casa yo estiraba el cable del teléfono pegado a la pared lo máximo posible y me pasaba para la puerta que daba al fogón, para que no escucharan nada de nada. Esta vez la cosa era seria.

— ¿Pero ¿cómo? ¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

—Pero estás totalmente segura, ¿o es una sospecha?

— Es que fueron dos minutos. Es más, mientras estábamos en la fiesta, él subió, y bueno... después bajamos y seguimos disfrutando la fiesta.

— ¡Ah buenooo no lo puedo creer! Te pregunté mil veces ¿o no? ¿Y qué vas a hacer? ¿Tus viejos saben?

—Y sí, tuve que contarles. No me quedó otra. Les conté sola.

— ¿Y qué te dijeron? ¿Lo pensaste bien?

—Si ya lo decidí.

— ¿Cuándo te vas? Puedo ir con vos si querès.

—No sé, en estos días. No, no, voy con mi vieja.

Entre todo lo que hacíamos en ese momento, una de las cosas que más se repetía era hablar, hablar de todo, reírnos, tomar a chiste todo. Incluso la muerte, la desgracia, el mal ajeno, todo. En ese momento, cuando Vale me contó sentí bronca, también pensé que tal vez un tiempo antes podría habernos pasado a cualquiera de nosotras. En casa no todo era diálogo, o, mejor dicho: muy poco era diálogo, mi

viejo me había dicho y especificado cómo y con qué cuidarme. Usá siempre preservativos” —sé que no dijo forros porque le sonaba muy fuerte— porque las pastillas no te previenen de enfermedades. Yo me moría de la vergüenza, pero toda roja y como pude le contesté que sí. Me levanté y me fui.

Al otro día a la tarde fui a la casa. A mi vieja le dije que iba porque estaba enferma.

— ¿Y qué tiene? —me dijo mamá—.

—No sé, me llamo y me dijo que se sentía mal — mentí rápido y mal—.

Cuando llegué me senté al lado de Vale y la abracé. Él se levantó y se fue. La casa era gigante, y retumbaba un poco el sorbido del mate y el silencio que hacíamos.

No me animaba a preguntarle detalles, no quería una descripción. Estaba enojada, diecisiete años, no era momento. Teníamos que arreglar tantas cosas, vaciar termos enteros, tirarnos a hacer nada. Ver cómo conseguir la plata para la fiesta de egresados —en eso teníamos que estar, en un momento que todo el mundo se iba del país, que cambiábamos presidente como figuritas y nosotras nos reíamos— ver qué ponemos, pensar qué hacer el fin de semana. Pero no, teníamos que estar ahí con ese silencio y esa quietud. Cerrar la boca, porque además no había que divulgarlo, porque si le pasó por algo será. Eso iban a decir, y yo me moría de bronca. Y Vale ahí, callada, silenciosa, inmóvil. Decidí no abrir la boca, porque no tenía nada que decir. Solo nos quedamos mirando la tele, abrazadas, y aunque a ella no le gustaban los Simpson, se reía igual.

El día que Vale apareció en el colegio, todo cambió. La rutina volvió y también los lugares comunes: planear salidas, quejarnos de las materias, dormir una semana en cada casa, odiar gimnasia, buscar pases libres para el boliche, y esquivar la conversación sobre el tema.

El tema pasó, se fue diluyendo entre la rutina. Pero cada tanto yo insistía y ella me decía que no la hinchara que ya había aprendido y que no me preocupara, porque dos veces no le iba a pasar lo mismo. Yo desconfiaba.

En la escuela había compañeras que habían empezado a ser madres, en general las felicitaban y les sonreían. Pero los profesores a cada rato preguntaban qué íbamos a estudiar, qué queríamos ser y acotaban que había que cuidarse, que un hijo no es una pavada, que había que estudiar, que, si no estudiábamos con la crisis que había, no íbamos a ser nadie —los nadies, los no profesionales—. Mientras los profesores hablaban: las chicas se tocaban la panza, tal vez pensando en eso de los nadies. Las que no estábamos embarazadas tragábamos saliva y las mirábamos de reojo. Los varones del curso se reían o se ponían a hacer otra cosa, seguro que a ellos no les pasaba.

Vale no decía nada, pero las dos sabíamos que lo que había pasado nos traía diferencias. Éramos amigas, éramos hermanas entonces, ¿cómo mostrarnos ese amor? Las dos nos hacíamos las boludas para no decir lo que la otra no quería escuchar.

En los años que siguieron nos separamos un poco. Vale se fue a estudiar, yo me quedé un año más trabajando. La esperaba ansiosa, en cada vuelta, esperaba en su casa hasta la madrugada que ella llegara. Y cuando Vale llegaba lloraba, se quería volver. No soportaba Buenos Aires, decía que la gran ciudad se la comía. Eso decía: que estaba sola. Yo le decía que aguantara, que terminara y se volviera. En el fondo fui egoísta, yo le decía eso porque la que quería irse era yo. Ella no, nunca le interesó estudiar, ni ser profesional de nada.

Ansiaba irme del pueblo. Daba lo que fuera. Pero Vale no. Ella con estar con dos o tres personas y una rutina armada ya era feliz. En cambio, yo sentía que me moría ahí, todos los días un poco.

Al año siguiente decidí que me iba. Mamá puso el grito en el cielo, y papá me alentó a irme a como diera lugar. Dos meses después partía rumbo a La Plata. Feliz,

sin saber todo lo que se me vendría encima con tanta libertad. Lo que más me alegraba: Vale estaba en Buenos Aires.

Ni bien pisé la ciudad, empecé a entender eso que me decía Vale de que la ciudad se la comía. Salvo las diferencias de los subtes y los bondis para acá y para allá, era lo mismo Buenos Aires o cualquier lado, yo también sentía que el cemento me comía.

Cuando tenía algo de plata -o sea casi nunca- me tomaba el tren para ir a ver Vale, salir las dos, y hacer siempre las mismas cosas, pero en un lugar diferente. El secundario empezaba a quedar lejos, pero siempre a mano para mantenernos unidas.

En el feriado volví a casa, y ahora Vale me esperaba a mí. Ella se había vuelto, había dejado su carrera sin terminar. Me estaba esperando para contarme que había conocido a alguien. Él era más chico que nosotras. Me callé, pero otra vez me surgió la desconfianza.

Al tiempo de eso, Vale otra vez llorando, yo no necesitaba disimular para hablar, porque vivía sola. Ahí sí me enojé, estallé, no pude más. Vale otra vez tomó la misma actitud: borrón y cuenta nueva. Pero esta vez, sin consultarle, ni avisarle a nadie. Lo resolvió y yo no estaba ahí. Yo estaba muerta de miedo.

— ¿Vos sabés lo que implica? Es la segunda vez que te pasa, tenés riesgos. No entiendo, te juro que no entiendo cómo pudo pasarte de nuevo.

—Si ya sé, no hace falta que me lo digas

—Me molesta que me mientas, y que te expongas. Eso es, por eso te digo así.

Esa vez nos distanciamos. No podíamos ni mirarnos a los ojos.

Pasaron tres años, y nunca más tocamos el tema. Vale fue mamá, esperamos a su beba juntas, hacía calor, ella estaba feliz, ya casi explotaba. Para apurar las cosas le llevé helado, había leído en internet que el dulce podía ayudar. Pero no

funcionó, tuvimos que esperar un día y medio. Nació su niña, y se convirtió en una madre feliz, orgullosa de su hija. En ese momento ella deseaba una familia, antes no.

Hace poco, Vale me dijo que sabía que yo me había enojado con ella, y que ella también se había enojado conmigo las dos veces. Por altanera, por creer que me las sabía todas, por no entender su decisión.

Yo le dije que también me había enojado con ella. Pero no por su decisión. Me había enojado porque sentía que algo podía pasarle, que se exponía todo el tiempo. Era por eso que callaba, y que no me animaba a preguntar.

En realidad, lo que más me había enojado, lo principal, era algo que ocultaba, y que a Vale nunca se le pasó por la cabeza: esas dos veces, en cada llamado pensé en nuestros veranos juntas, en la escuela, en todos los chicos que habíamos besado, en los viajes a Buenos Aires, en las noches de tomar cerveza y desayunar muertas de risa. En las despedidas y las bienvenidas de cada una en el pueblo. Y fue ahí que tuve miedo. Esas dos veces su vida se volvió borrosa y efímera para mí, se me iba de las manos y yo también quedaba inmóvil y silenciosa, muerta de miedo.

No quiero jugar al fútbol

No entendía por qué, cuando jugábamos, a Marcos le daba tanta vergüenza. Si solo era un juego. Pero yo lo veía, él hacía caras, se reía a carcajadas, incluso a veces hablaba por lo bajo. Hablaba de mí, claro que hablaba de mí, y Caro, su hermana, se reía cómplice, pero no de mí. Yo no entendía en ese momento, ¿Cómo entender con siete años que le daba vergüenza que le lance una tira-bola con flores? Era como mandarle una pistolita con un regalo. Una muestra, un gesto, un guiño.

El barrio era lindo, las casas todas iguales por fuera: ladrillo a la vista, puertas y postigos de aluminio verde, dos ventanitas en el living, al medio un hogar para que salga humo, y unas ventanas de mala calidad por las que entraba demasiado viento. Adentro cada casa era distinta, con sus olores, sus charlas, su gente, sus historias. En la mía yo era feliz, mamá me daba todo el cobijo necesario, y papá, aunque no participaba mucho, era un buen padre. Laburaba sin parar, eso sí. Andaba por todos lados, poniendo cables, de acá para allá, la gente lo conocía. Creo que era por eso que cuando llegaba insistía en llevarme a básquet, o en que vayamos al terrenito de atrás del barrio a jugar al fútbol. Yo iba desganado, porque me parecía bastante con todo lo que tenía que hacer en la escuela.

— ¡Corré bien, Nacho —me decía papá a los gritos, siempre pidiéndome un poco más.

—Y sí, pero es que se me va, no llego.

—Porque no corrés, porque caminás, al fútbol se le pone pasión hijo, si no la próxima no te ponen en el equipo.

— Dale pecho frío, dale —me gritaba Lucas, que era más grande y corría como un perro.

— ¿Y qué querés si no me la pasan? —me mordía el labio de abajo para no llorar. Pero ellos lo veían, y siempre pero siempre se mataban de la risa en mi cara. Como cuando a Marcos le tiraba la tira-bola con flores.

Caro era hermosa, naturalmente hermosa. Ojos miel, pelo castaño rojizo hasta la cintura. Blanca como el papel, llena de pecas que, en vez de oscurecerle la cara, le formaban manchitas que le daban luz. Tenía una bondad ingenua, desprovista de doble sentido, siempre andaba vestida con la misma ropa. Pero el olor que tenía, su olor lo podía reconocer desde cuerdas de distancia. Era un olor dulce, era un olor que me daba tranquilidad, un olor a niña, a risa, a juegos en la calle de tierra, a infancia.

Fuimos creciendo, y como íbamos a diferentes escuelas, nos veíamos cada vez menos. En mi escuela todo se puso como en la canchita de atrás del barrio, es decir: lloraba, pero intentaba ocultarlo mordiéndome el labio de abajo. Pero ellos se daban cuenta y se reían.

Ya estábamos grandes para jugar a la tira-bola. Ahora nos sentábamos en los cancheros, o alrededor de la entrada a charlar, a contarnos nuestro día, o lo que íbamos a hacer. Planeábamos asaltos, paseos al centro en los que había que ver qué padre nos llevaba y cuál nos buscaba. Poníamos música adentro de cada casa, para escucharla y bailarla un poco, o cantar a los gritos. Cuando yo cantaba, Marcos siempre me hacía un ¡Shhhht, más bajito! Y yo no estaba cantando digamos... a viva voz. Lo que Marcos quería decir no era que cantara más bajito, era que cantara más grave, con voz más grave, y a mí, claro: no me salía.

Caro había organizado cena en su casa. Como hacía semanas que no nos veíamos, se había encargado de venir a casa especialmente a invitarme. Le dije que sí, que iba. Y ni bien se fue, salí para el centro a comprarme algo para ponerme.

Le pedí al chico del negocio que me mostrara jeans, y sacó como tres o cuatro, pero no eran suficientes. Yo quería uno que me quedara mejor. Esos no me iban. Flaco y alto como un fideo, ya suficientemente zonzo parecía con mi pelo lacio y rubio. ¡Ah, si tuviera unos rulos, qué feliz estaría! Pero no, “lacio llovido tenés el pelo hermoso” decía mamá que a veces luchaba para domar sus rulos, sin lograrlo. Pero yo amaba esos rulos rebeldes, los quería para mí.

Estuve como una hora probándome. Y el chico me miraba ya con las ojeras hasta el piso y bien serio, esperando que me fuera. Pero yo no me iba a ir, ahí

teníamos cuenta corriente, así que era el único lugar donde podíamos comprar. Porque no había plata para andar desparramando, aunque el viejo seguía laburando todo el santo día, meta cables en la camioneta, como siempre, bah. Bueno, entonces al fin encontré uno, un celeste clarito, gastado y con botones adelante, bien pero bien al cuerpo, porque mis piernas flacas no me iban a impedir estar de diez para la cena en lo de Caro. Lo combiné con un buzo rojo, cuello redondo, y unas botitas marrones de gamuza con suela de goma. ¡Ay si me hubieran visto! Me quedaba pintado todo, ahora solo faltaba que llegara la cena para ir reluciente y seguro, y decirle a Caro todo lo que me pasaba.

De paso y ya que estaba pasé por la perfumería, tenía unos ahorros de la plata que me daba la nona, que me decía que a mi edad siempre tenía que estar prolijo — es decir limpio y perfumado— y tener unos pesitos en el bolsillo por si tenía que invitar a alguien a tomar algo. Y sí obvio ya con 16, tenía que invitar a alguien a tomar algo. Lo que no sabía, porque la nona no me lo había dicho, era a dónde ir, algún lugar que no fueran las confiterías paquetas del centro, o la estación de servicio donde el viejo iba a cargar nafta con descuento para la camionetita del trabajo. En fin, al menos tenía unos pesos, y ropa nueva. Total, para qué hacerme problema por adelantado. Ya teníamos lugar: lo de Caro

—No boludo, mi vieja no nos va a dejar, va a venir a vigilar, ya la conocés

— Bueno Marcos, no sé. Podemos tenerlo escondido ahí en el mueble del hogar, y nos turnamos para salir y chau.

— Puede ser, pero Caro va a abrir la boca como siempre. Decile vos, convencela, porque si le digo yo, me manda al muere con mamá. Y ya está todo mal, porque me llevo hasta gimnasia, de pedo que me deja estar en la cena.

—Dale, de Caro me encargo yo —dije— ¿Cómo que te llevás gimnasia? Si a vos te encanta.

—Sí me encanta, pero no fui más, porque a esa hora justo nos reunimos a boludear con los chicos.— Noté una mirada pícaro, y le hice que sí con la cabeza.

Mirá Caro: la noche tiene que ser copada ¿entendés? Ya sabemos cómo es tu vieja, pero eso qué importa, no se va a enterar, dale linda, no tengas miedo, no pasa nada. Imaginate si yo lo traigo, y se enteran mamá y mi viejo me M-A-T-A-N. Así que vamos a ser cuidadosos. Dale, por fa y le puse una carita, ella nunca se resistía, desde que éramos chicos era la forma para ablandarla. Pero sí nena, ya le pregunté a Marcos, y él también está de acuerdo, no podés decir nada, no vas a meter la pata eh, porque vos sos tremenda. No. No Caro, no quiero decir que seas buchona, digo que sos ingenua, y te sacan de mentira a verdad y vos cantás. Cantás como un pajarito. Dale, ¿podemos? Bueno yo lo traigo, ustedes dejen abierto el mueblecito del hogar...

Eran las diez, y yo todavía no estaba listo. Mamá me golpeaba la puerta con suavidad y me decía que me apure que iba a llegar tarde, que a qué hora íbamos a comer, que Elena había dicho que hasta muy tarde no podíamos estar ahí.

Ya voy, ya voy mamá me estoy peinando. Mientras más gel me ponía, más contento. Los rulos no se asemejaban a los de mamá, pero había pasado del lacio llovido, a unas onditas pastosas y brillantes que me reconfortaban. Bueno, listo, ya está pensé. Me subí las pestañas con los dedos, planché con la mano el pulóver rojo, y me puse más alto el jean, para que me ajustara mis piernas de fideo. Impecable. Sí, cuando Caro me viera, se iba a morir de risa, sobre todo por gel, y con todo lo que tenía para decirle... pero para eso llevaba lo que llevaba, directo a esconderlo, y después a disfrutarlo con Marcos y con el resto. Aunque de todos los que iban, valientes muy pocos. Pero, debo reconocer, aunque tenía mis dudas de que Caro no hubiera abierto su boquita, se la había jugado. Porque Elena era estricta, y de verdad si nos enganchaba, se armaba de lo lindo.

Cuando salí del baño mamá muda, como que sonrió y al mismo tiempo se emocionó. Después me dijo que me había preparado unos arrolladitos para sumar a la cena. Porque caer con las manos vacías a lo de Elena no era lo mejor. En las manos la comida, pero en la campera... papá giró la cabeza cuando escuchó a mamá decir lo de los arrolladitos, y le vi la misma mirada que ponía en la canchita de atrás del barrio.

—Nacho, por favor compórtense.

—Sí mamá, no te preocupes

—Nada de alcohol, ni líos, y no anden poniendo la música muy fuerte, que sabés que estas casas son de cartón

—No má, Caro ya nos dijo a todos que teníamos que ser cuidadosos. Y además ya sabés, si hacemos líos no la dejan juntarse más

—Sí, por eso te lo digo. Cuidala, vale oro.

—Siempre la cuida, es Caro.

— ¿Y Marcos va a estar?

—Y sí, es su casa

—No, como anda de novio, por ahí se iba. Linda la chica, lo vi la otra vez, en el almacén. Se puso todo colorado, pero me saludó bien

—¿Qué chica? ¿Marcos, estás segura?

—Sí hijo, Marcos, con lo lindo que es era lógico

Preparé la campera, cuidadosamente, hasta bufanda me puse con tal de disimular. Antes me rocié con el perfume que me había comprado, y por si acaso, preparé la plata que me había dado la nona. No creo que fuéramos a ningún lado, pero nunca se sabe.

Cuando llegué golpeé apenas, por si Elena dormía. Marcos salió por el otro lado, y me hizo entrar por el garaje. Cuando entré a la cocina, me agarró eso que me pasa siempre: de sentirme la estrella, de sentir que esa era mí noche pero de repente sentí el fracaso, el gol no metido, el viejo gritando que corra, el labio inferior y las lágrimas, Marcos haciéndome ¡shTTTT más bajito! Y Caro mirándome preguntona y sonriente.

Pero nada. Por suerte nadie se dio cuenta porque entré derechito hasta el mueble hogar, y con carpa, lo guardamos. Para cuando Elena salió de la pieza ya estábamos todos sentados en la mesa. Para tomar: jugo, coca, y tres o cuatro cervezas. Diez éramos, se sabía que era poco, pero con Elena, mejor simular que ir al choque.

Caro tenía miedo. Se le notaba, entonces para animarla yo hacía chistes, le contaba pavadas. Creo que ella no me escuchaba o al menos no quería hacerlo. Solo me miraba, pero estaba muda, y por lo que pude darme cuenta después, también sorda.

Marcos en cambio estaba radiante, pícaro, dispuesto a todo. Como siempre era el alma de la fiesta, quitándome mi lugar, pero qué importaba, si ahí estábamos en lo máximo de la noche. Teniendo la noche más divertida que se podía tener en ese barrio. Los demás se reían, hacían señas, y también se notaban dispuestos a divertirse. Yo estaba ansioso, y un poco contento. Ya no feliz, porque bueno, todo el plan se había complicado cuando vi a esa chica ahí. Me di cuenta, a Marcos le gustaba.

Dale sí, dijo Marcos, sacalo y vamos afuera. Caro, si viene mamá decile que fuimos a fumar un pucho afuera para no llenar de humo acá. A ella le gusta que respetemos eso, así no sale. Elena siempre fue estricta, incluso con el pucho. Pero no impedía que nadie fume, solo que no lo hiciéramos delante de ella.

Con tanto disimulo como lo entré saqué mi pequeño arsenal del mueble. Marcos hacía señas con la mano para que me apurara Caro relojeaba la puerta de la pieza, los otros siete miraban de un lado a otro, tirando frases perdidas para disimular. Propusieron jugar al chanco va, para que parezca una cena divertida y más inocente. Todos aceptaron, con la condición de turnarnos para salir. Primero Marcos y yo. Cuando me vio abrir la campera, se tentó, y yo lo miré con bronca, me había costado conseguir todo eso, y él riéndose en mi cara.

—Pero ¿whisky trajiste? Sos un boludo, seguro que no sabés ni tomar. ¿Alguna vez tomaste Whisky? Te va a quemar hasta el culo, boludo. Y con dos tragos

estás en pedo, si mi vieja se levanta y te ve nos echa a todos. Así que por favor rescatate, que encima está Sole, y no quiero pasar papelones.

—¿Vos te pensás que es la primera vez que tomo? Que vos siempre sos el que se las sabe todas. El más macho ¿no? Y qué me importa Sole ¿Es tu novia?

—Sí, algo así

—¿Y por qué no me habías contado?

— Porque no se lo conté a nadie. Solamente Caro sabía, y porque me vio entrarla a la pieza. Y bueno la guacha me pidió un favor a cambio, y no pude negarme.

—Ah, no me dijo nada

—Y no, es mi hermana, no la tuya

— Bueno dale, dame el Whisky— Le dio un trago larguísimo, así en caliente nomás. Yo estaba asombrado, pero no se lo hice notar.

—Dale, a ver ahora vos — me dijo estirando la mano, con una sonrisa tipo: dale vos, pecho frío.

Le di un sorbo que sí, que me quemó hasta el alma. Pero sacando eso el calor me encantó.

—¿Viste? El que no sabe tomar sos vos. Le dije desafiándolo.

— ¿Ahora me toca a mí primero también?

—No: este me toca a mí —Lo prendí, tosí atragantado, y saqué para afuera todo el humo que podía. Porque sabía que cuando tragaba, me pegaba mal.

—Dale, ahora vos —Le dije, y noté que se ponía más serio.

—No boludo, me da cosa, si sale mi vieja o siente olor, nos mata. Y además se va directo a tu casa a decir que te internen en una clínica.

—Ay dale, si no viene. No seas tonto.

Pitó cortito, se mató de risa, metió otro sorbo de Whisky y sin darme tiempo se fue para adentro para llamar a los que seguían. Y además a darle bola a Sole, y a intentar convencerla de que él no fumaba. Ella se lo creyó.

Así fueron saliendo los que querían, y del chancho pasamos al truco, del truco al dígallo con mímica y terminamos en verdad consecuencia. Cuando le tocó a Caro eligió consecuencia. Ella estaba re sobria, solo tomaba Coca-Cola. Nosotros con Marcos descompuestos de la risa, porque Pedro el del Colegio Industrial no paraba de tirarle palos, y Caro se los esquivaba todos. Le dijeron que tenía que salir, tomar un trago, y chaparse a quien le manden. Ella protestó que no, que entonces cambiaba a verdad. Que sí, que no, que sí que no, terminó yendo afuera.

Cuando salgo la veo ahí parada, temblando, no sé si de frío o de miedo, y se empina con todo la botella. Cierra los ojos y sacude la cabeza. Estaba tan hermosa como siempre, pero hoy tenía más gracia que el resto de las veces. Y eso que nos conocíamos desde mis siete, o sea desde sus seis, y los ocho de Marcos.

— ¡Ay nena! ¿Para qué tomaste? Si me mandaron a mí. Yo te cubro.

— ¡Ay la puta, me quemó! por eso tomo.

— ¿Qué?

—Te queda hermoso ese jean, y el pelo está medio pasado de gel —me dijo tentada.

—Gracias, vos también estás linda, pero dejá de tomar, vas a vomitar.

Me miró dos segundos, y juro que fue tan rápido que no me dio ni tiempo. Cuando me quise acordar la tenía encima y ya estaba...

—No, no pará Caro— la voz me salió fuerte, pero no grave. Ella me miró desconcertada, y creo que a esa altura ya borracha. Se largó a llorar ahí, y yo no sabía qué hacer

—¿Qué, no te gusto? Te gusta alguna de mis amigas, seguro. O peor te gusta una más grande de las que invitó Marcos. —Me dijo llorando bajito

—No, Caro. Es como si no me conocieras, vos sos hermosa, pero...

—Pero, siempre un pero vos. ¿Me vas a decir que no lo sabías?

—No Caro la verdad que no. Siempre te sentí mi amiga. Caro: a mí me gusta...

—Sí ya sé, te gusta Paz, que es perfecta.

—No Caro, a mí me gusta Marcos ¿no te diste cuenta?

Me miró con un odio que nunca le había visto. Empezó a reírse como desencajada y a gritar como loca. Lo llamó a Marcos, gritaba que vinieran todos, que ya había hecho su prenda. Y yo no sabía qué hacer, la que seguro se estaba despertando era Elena.

Tanto gritó que salieron todos, y no solo todos los de la cena, salieron todos los de la cuadra. Y ella gritaba y lloraba. Marcos me preguntaba bajito qué pasaba, si le había dado porro. Yo le decía que no, que solo había tomado Whisky. Los amigos de ellos, incluida Sole y Marcos estaban tratando de callarla cuando salió Elena. ¡Ahora sí, cantamos bingo! Caro me destrozó, fue peor que los chicos de la canchita de atrás del barrio, peor que la mirada de mi viejo. Elena me pidió que me fuera, y entre tantas cosas que dijo me trató de falopero, y desubicado. Los otros se reían, como siempre, y Marcos ni siquiera me miró. Veinte minutos antes de lo de Caro, esa fue la última vez que Marcos y yo nos reímos juntos.

Cuando los viejos dejaron el barrio yo ya me iba a estudiar, y venía Valentina en camino. Ella le devolvió a papá la mirada de orgullo que yo le quité. Mamá seguía siempre mirándome con amor, ella sabía que yo era un alma libre como sus rulos. Y la nona seguía dándome plata, pero había cambiado lo de la confitería, para sugerirme que fuera a un hotel y que usara forros –condón en palabras suyas–. Adelantada la vieja.

Estaba cagado en la patas, para qué voy a mentir. Lo que se venía era decisivo. No podía creer haber llegado a tanto. Creo que en el fondo, muy en el fondo, mi valentía se la debía un poco a la borrachera y el despecho de mi amiga

Caro. Porque la seguía sintiendo mi amiga, aunque nunca más la volví ver desde esa cena en su casa. Mi hermosa Caro, mi compinche, la hermana de Marcos.

Le había pedido a mamá que por favor fuera puntual. Porque estaba nervioso y ansioso y solo no iba a poder. Después de dar clases mamá fue para la clínica. El primer momento estuve sin poder escuchar, los pensamientos me iban comiendo un poco, hasta que mamá por abajo me agarró la mano. Y ahí sí, ahí pude. Entonces hablamos de fechas, de pros, de contras, de dudas, de posibilidades extras, de plata, de valor, de orgullo, de los tiempos que corrían, y varias cosas más.

Cuando salí de la operación no entendía mucho. Abrí los ojos y mamá me dijo que me habían dejado algo en el departamento. Le pregunté qué era y no quiso decirme. El viejo no había venido, según mamá no había podido viajar, porque Valentina tenía torneo de patín, y era imposible que faltara. En el fondo siempre supe que era mucho para él. Y para mí también.

Lloré tanto cuando me miré al espejo. Eran los últimos pasos que faltaban. Fue ese día que nació Dolores. Sin querer pensé en mi viejo, en los chicos de la canchita de atrás, en los gritos de Caro, en Elena y en Marcos. Pero como hice siempre me mordí el labio de abajo para no llorar, y le pedí a mamá que me ayudara a prepararme para irnos. Ella siempre dispuesta, me abrazó.

Volvimos al departamento, y la verdad estaba agotada. Sentía como si el mar me hubiese agarrado de los pies, y me hubiese metido adentro sin dejarme salir demasiado. Solo lo necesario para respirar. Y después nadé y nadé quién sabe cuánto tiempo, tal vez haya estado un buen rato nadando en redondo, sin poder volver. Hasta que me avivé, y pude salir. Al otro día, le pregunté a mamá qué era lo que me habían dejado. Seguro plata de la nona y alguna carta de Valentina.

—Miralo vos —me dijo, y me acercó la caja a la cama.

Abrí ansiosa, esta vieja es lo más. El día que me falte me muero, pensé. Me quedé muda: una flor, y un papelito que decía: “ojalá el Whisky ya no te queme, yo

no me ahogo con el humo. ¡Shhht más bajito Dolores!” Sonreí, doblé el papel, y me puse la flor entre el pelo.

La tormenta eterna

En memoria de Johana Ramallo,

Porque siempre gritaremos su nombre.

Para cuando la madre le encontró el porro, ella ya iba varios pasos adelante, entonces ni le afectó. Le dijo de todo menos linda, pero lo que más le preocupó era de dónde había sacado la plata para comprarlo. Ella le respondió que se lo regalaban, a lo que Mirta respondió que se fuera porque le iba a partir la cara de un bife.

Cuando Yami llegó a la casa estaba dada vuelta, no entendía ni cómo se llamaba, solo quería dormir y recuperarse un poco. Para ella, recuperarse un poco era: no tener tantas ojeras, que no le dolieran las clavículas de tanto fumar, y que se le pasaran los efectos de las mezclas que hacía en las salidas con Gustavo. Eso a veces pasaba, y a veces no. Porque las noches eran fuertes, y los días se hacían cortos. Gustavo le había dado una táctica para vomitar y desintoxicarse un poco, y eso no resultaba en casos extremos. Le había recetado “transpirar y tomar agua todo el día”. Era por eso que cada vez pesaba menos, y necesitaba dormir más. A veces no probaba bocado para poder volver a meterse en cuerpo cualquier cosa que la hiciera olvidar, todas las noches. Total, vomitar o ver su cuerpo puro hueso era menos asqueroso que ver a Gustavo acostado en la cama esperándola. Se pintó sin ganas primero los ojos, después la boca, y así salió una noche más. Ese disfraz era una forma de seguir adelante, asco tenía de todas maneras, pero así podía ir subsistiendo ella y su familia.

—Yamila cree que eso es todo lo que existe, que todos los tipos son así, al menos todos los tipos que ella puede conocer. ¿Y cómo le voy a decir que no? Y sí, si es verdad que son uno peor que el otro los tipos que ella conoce. La diferencia es que ahora Yami anda con algo en la billetera, y puede comprar en el almacén algo

de carne, y hasta a veces se da un gusto y compra Coca y alfajores, ni bien los pone en la mesa, todos ponen esa cara. ¡Ay si los vieras!, una cosa es que yo te cuente, y otra es que lo veas.

—Sí, me imagino

—¿Pero no vamos a hacer nada?

—¿Y qué vamos a hacer? Yo ya hablé con ella en las clases de apoyo escolar, y fue ella la que me contó lo de Gustavo, y después cuando fui a la casa vi todo.

—Por eso te digo, ella te quiere, te conoce, podemos hacer algo.

—Sí algo podemos hacer, pero ella me dijo bien clarito que al tipo no lo iba a dejar. Que si había aguantado hasta ahora los vómitos, las noches en ese telo horrendo, la cara de su nena cuando volvía dada vuelta, los gritos, y las cachetadas de Mirta, que entonces ahora no lo iba a dejar ni en pedo.

—¿Pero ella se da cuenta de lo que el tipo le está haciendo? Pau hay que hacer algo.

—Ya sé. Mañana voy a tratar de hablar con Mirta. Pero antes tenemos que conseguirle algo... no sé una beca, un plan, lo que sea. Lo que ella necesita es algo para sobrevivir. Son muchos, y encima está la nena, me parte el alma, te juro.

Refregaba cada cacharro tan fuerte que se raspaba las manos. Y pla, pla, los tiraba para el otro lado. Hervía agua cada vez que se le enfriaba, y seguía lavando. Así hasta terminar el arsenal de mugre, como le había dicho Mirta.

—¿Qué te pasa? ¿Me querés decir?— Le dijo Mirta ya con tono de poca paciencia.

Estás golpeando todo, hablás mal, casi no comiste y a vos el puchero te encanta. Hija: si vos no me decís lo que pasa yo no sé. ¿Es por esa porquería que estás así? Por favor Yamila, hablame. Yamila, dejá de golpear todo, hablame.

—¿Pero ¿qué querés? Uy dios mío, que hincha pelota que estás. No sé lo que querés. No me pasa nada. Déjame de joder y punto, es que no tengo ganas de

hablar. Y encima había tantos platos que no termino nunca. Estoy harta de lavar platos, de hacer las camas, de acostar a todos. Y no, no me encanta el puchero. A mí me gustan las pastas, las pizzas, una birra fría. Pero eso es más caro, por eso como puchero, mamá.

Mirta me contó aquella noche varias veces y me dijo que no pudo contener las lágrimas. Pero trató de no hacer tanto lío. Se secó y ahí mismo le dijo si se quedaba, le pidió que esa noche no saliera. Hasta le propuso jugar a las cartas, a Yami le encantaba jugar a las cartas, pero claro, eso era antes.

Le contó que había conseguido otra casa más para limpiar, le pidió que le ayudara a hacer las cuentas de cuánto más iban a tener al mes, si no faltaba ningún día. Y le pidió arreglar los horarios, porque los nenes necesitaban a una u otra en la casa. Pero Yamila estaba ya pensando en su rutina, y además no quería una casa más para limpiar. Quería que Mirta estuviera mejor, que no se quedara dormida sentada en la silla cuando estaba hablando, que no la llamaran más del colegio de Azul para decirle que su hija lloraba, que Seba y Agus pudieran seguir estudiando, porque la de changuear acá o allá ya no iba. Ya eran grandes para eso, pero todavía tenían que ir a la escuela. Y así no se podía.

Ese día había viento, una tormenta asquerosa, todo lleno de barro. Y el techo ya empezaba a moverse como un papel. No eran suficientes los baldes y los tarros en el living para el agua que caía. Mientras Mirta andaba a las puteadas limpias, y yo intentaba acompañar como podía, Yami se calzó unas zapatillas, un jean que le quedaba hermoso, buzo, campera, los puchos a cuestras, y salió a la vereda. Mirta desde adentro a los gritos le decía que volviera temprano, bah en realidad, a grito pelado decía “Decile a ese reverendo hijo de puta que te traiga temprano”.

¿O sea que el primer sospechoso es él? Pero qué va a ser, si todos los testigos dicen que ella salía con él porque quería. Que la vieron acá y allá. Les da lo mismo si en un hotel, en una fiesta, o en la puerta de la casa. Lo investigaron sí, pero hasta ahora nada, hay un silencio terrible, y Mirta no sabe ni cómo seguir. Parece como si ahora ella fuera la niña que no pudo cuidar. Yamila, su niña grande. Cuando llora lo

único que dice es que había tormenta y que cómo la dejó ir así. Nosotras con las chicas le decimos lo que podemos, bah en realidad le decimos lo que es, que no se culpe, que la vamos a encontrar, que en algún momento va a aparecer más información y la vamos a encontrar. Pero sabés, todavía lloro cuando llueve. Yo también estuve ahí ese día, no me puedo hacer la boluda, yo también dejé que se fuera.

—Sol vos no tenés la culpa de nada. Vos estabas ahí ayudando, asistiendo, por amor a lo que hacés. Te habías quedado para dar las clases temprano, y porque Mirta ya no daba más. No podías saber lo que iba a pasar.

— Pau: Yami no se fue se la llevaron, no se la puede haber tragado la tierra. A Yami la desaparecieron. Se ve perfectamente en las cámaras, y de ahí nunca más. Hay que empezar a moverse, a movilizarlo todo, tenemos que ser hormigas que habiten esta ciudad. Tenemos que cuidarnos, pero principalmente tenemos que encontrarla y traerla. Y arreglar el techo de Mirta, para que adentro no llueva nunca más. — Bajé la cabeza, asentí llorando, y Pau me pasó un pañuelo.

La foto ya había empapelado la ciudad. En el momento se decidió eso, y se decidió mal, porque en la foto Yami tenía el pelo de otro color, y el día de la tormenta ella no llevaba el pelo así. Pero cuando los relojes corren, uno corre con ellos, y qué sabíamos nosotras y nosotros de buscar a una compañera, si nunca nos había tocado. Es decir: lo sabíamos de la boca para afuera, por otras que como Yami nunca más volvieron. Pero en lo real, no, no lo sabíamos.

Cada mes que pasaba poníamos más corazón, y aunque estábamos unidas, las pistas se esfumaban entre el humo de cada pucho que compartíamos para combatir el frío, la espera, y para poder mirar a Mirta y Azul a los ojos. Ellas también sangraban, pero sobrevivían, en esa lucha inabarcable de la ausencia, del desamparo, de la tormenta que vivían todos los días.

Mientras en cada festival, en cada marcha, en cada reunión Mirta se dejaba cuidar, y sobre todo se prestaba al juego que nosotras le proponíamos. Un día era bailar un rato, otro era cantar fuerte, otro era leerle los mensajes que nos iban

llegando de conocidos y desconocidos, que estaban ahí, se hacían tangibles, lloraban a Yami, la buscaban en todos los rostros, en todas las calles, en los barrios alejados entre el barro, y otros techos que también goteaban, con madres que también andaban a las puteadas limpias.

A Pau y a mí Mirta nos recordaba a esas maestras que teníamos en la primaria, una desde ahí en su banco tan pequeño, recién empezando a aprender, y ellas tan grandes, dándonos su amor, sin medidas, dedicando sus horas a lo que habían elegido, o lo que el mundo les había puesto delante. La diferencia era que la escuela era un lugar menos hostil para esas maestras que habían elegido enseñar. Mirta no, ella se chocaba de lleno con la calle, con el desengaño, con su propia furia que al mismo tiempo la mantenía en pie. Pero había algo que la hacía como nuestras maestras de antes: el amor movía a esa mujer, y la rodeábamos miles.

Era el cumpleaños de “El Agus” como le decían en el barrio, y toda la barriada estaba dispuesta para la fiesta sorpresa. Yo comandé un poco, porque siempre fui de estar en los detalles, entonces esa era una tarea que alimentaba mis obsesiones y me hacía realmente feliz.

A Pau la dispuse para el comando de animación y logística; a Marcos para la fotografía producción y postproducción audiovisual, a Lucas para el inflado de globos y cuelgue de piñata y banderines, a Bren y Lara para la elaboración de una torta del hombre araña (porque a Agus le encantaba) y armado de los sanguchitos que seguro iban a ser pocos. Habíamos juntado lo que podíamos, entre todos con el mango partido a la mitad, pero era bastante. Era una fiesta linda, humilde, pequeña, sin tanto decorado. Porque además de que ninguno tenía plata, el festejo era esta vez para espantar los fantasmas, para que ni Agus, ni Azul pensaran en relojes, en goteras, ni en nada más que sonreír un rato.

Mirta lloró desde que pisamos la casa. Y cuanta más gente caía, más lloraba. Le temblaban las manos y el mentón. En un momento me le acerqué para abrazarla, y le dije que sabía lo que ese día significaba para ella, y agregué que lo hiciéramos por Agustín. Que una sonrisa, aunque sea, que incluso ella lo merecía. Ella me

contestó que gracias, que eso era más de lo que nunca tuvieron. Pero que no era por eso que lloraba, que no sabía qué le pasaba, que no podía parar. Yo siempre torpe de tan positiva, atribuí su emoción y su angustia a lo que remueve cualquier fecha importante. Tonta de mí.

Cuando Agustín llegó del cole, vimos desde el patio que entró despacio, se sacó el guardapolvo y lo colgó en la silla para que no se arrugara. Mamáaa, ya volvimos gritaba, y Azul lo perseguía por la casa. Cuando llegó al patio, se asustó por nuestro grito ¡Sorpresa! Inmediatamente se tiró al suelo, llenando de tierra el pantalón, y lloraba. Ay, como lloraba ese nene. Fue Marcos el que lo levantó a upa, como si no tuviera ocho, y le sonrió mirándolo, diciéndole: mirá el hombre araña, mientras que el dedo señalaba la piñata y la torta. Agus lo abrazó, y bajó hasta el suelo. Recién ahí empezamos a saludarlo al tiempo que le cantábamos el feliz cumpleaños. Los últimos en saludarlo fueron Sebas y Mirta, y ahí quedaron junto con Azul los cuatro amontonados, listos para la foto. Aunque para completar el cuadro familiar faltaba una cara. Me tuve que ir, haciéndome la boluda, que iba a buscar papitas, pero en realidad me encerré en el baño, aprovechando que por la alergia me goteaban la nariz y los ojos, me despaché en lágrimas.

¿Qué? No, no puede ser, voy para allá. Corté y salí corriendo, así como estaba. La espera del micro se me hizo eterna. El día anterior me había acostado tarde, ordenando todo lo del cumple de Agus, y cuando volvía sentí una pequeña alegría. Como ese creer en el mundo, sin explicación, creer en el mundo para poder respirar un poco, y que alivie.

—Sentate, Sol— Mirta tenía la cara hecha bolsa y un chiflido en el pecho. Eso me dijeron, que en una hora tengo que estar en fiscalía.

—Sí está bien pero ¿qué más? — pregunté.

—Tengo miedo ¿sabés?, siento algo feo

—Vamos, vamos. Marcos ahora venía, esperemos afuera— le dije eso para poder respirar.

Una vez en fiscalía, Marcos y yo tuvimos que esperar afuera. Mirta quería esperar a Nieves, pero su hermana a esa hora estaba trabajando. No pudo llegar. Así que tuvo que entrar sola. Mientras Marcos y yo solo nos agarramos la mano, y bajamos una maldita vez más la cabeza, como quien espera sin saber bien qué, pero siente que la cosa viene mal. Lo imprevisible, lo negado, lo que ahí estaba y nos taparon. El dolor en carne viva.

Desde adentro se escuchó el grito. Yo corrí hasta la puerta, y Marcos atrás de mí Empecé pateando la pared, y después ya no me acuerdo si pasó un rato o un segundo. Recién cuando Mirta iba saliendo, Marcos me soltó. Todavía tengo la marca en las costillas de tan fuerte que me agarró. Ahí caímos al suelo, los tres, otra vez de rodillas.

— ¿Qué te dijeron? Por favor Mir: respirá, respirá.

Ella respiró como pudo, pegó un manotazo al aire, que fue a parar al piso, y de ahí a su cara: una, dos, tres veces. A Marcos se le habían salido los ojos, después me dijo que él no preguntó porque se lo vio venir. Pero yo no, yo siempre con mi torpeza.

—¿Y Yami? —Le dije, se lo repetí dos o tres veces, cada vez más fuerte.

Mirando a la nada, y ya casi sin voz, me dijo:

—Ese día Sol, no tendría que haberla dejado ir, de eso me hablaron ahí adentro. Ya empezó a llover de nuevo y no va a parar nunca más, te aseguro.

Sentí que para salir del juzgado caminamos días enteros. Derrotados, en silencio, pero agarrados. Cuando llegamos a la vereda, vi la foto de Yami que habíamos puesto en la última marcha, colgada en la reja. La arranqué sin que Mirta me viera, para que cuando se viniera el diluvio, la tormenta no se la llevara, no la arrastrara.

Relato 5: Sobremesa

Estábamos todavía de sobremesa cuando la abuela empezó a hablar. Creo que tenía acumulados como cincuenta años de palabras atragantadas. Al principio nos reímos, sin percibir a dónde iba esa conversación. Es decir, ella lo contaba como si tal cosa, acomodando el mantel con su mano, mirando un poco para abajo y otro poco para arriba, sin mirarnos a los ojos. Pero a medida que la abuela avanzaba, mi sonrisa se desdibujaba, creo que dije como tres o cuatro “qué viejo de mierda”; otras tres “¡pero qué basura!”; y un “bien muerto está”. Pedro me miraba como preguntando si yo ya sabía algo de todo lo que la abuela contaba. Y no, yo no sabía nada.

Mi abuelo Omar, no es el padre biológico de mi mamá, pero siempre ejerció su paternidad como si lo fuera.

Estábamos la abuela Viví, mi abuelo Omar, Pedro y yo, en unos de esos viajes cortos que hacemos nosotros. No recuerdo qué fecha era, pero cada vez que vamos, no puede faltar la visita a mis abuelos. Pedro dice: “¿cuándo vamos a ir a lo de los abuelos?” y yo siempre le remarco un poco chiste, un poco enserio, que son mis abuelos. No dé él. Siempre me mira, se ríe, y se queda callado. Se lo digo enserio, para que sepa que con mi abuela no se jode.

Ese día pude entenderlo todo. La abuela empezó a contar todo lo que el padre de mi vieja le había hecho pasar, una vez casados, porque antes, decía la abuela, *él fue un señorito inglés*. Esa faceta de él yo no la conocí, solo conocí a un tipo meticuloso, lento para hablar, practicante católico —porque eso sí, todos los domingos a la iglesia— y un tipo ya venido abajo, un tipo sin amor, sin nadie que lo quiera.

La abuela nunca quería cruzarlo, ni saludarlo, ni mirarlo. La verdad es que no podíamos entender por qué, después de tantos años no podía saludarlo y listo, o participar en fiestas, o lugares en los que estuviera él. Ella solo decía donde está Francisco, yo no estoy. Sin dejar ni un espacio entre palabras para decirle algo más.

Ese mediodía entendí por qué. Entendimos todos por qué. Resulta que Francisco, al poco tiempo de haberse casado empezó a mostrarle lo que no le había mostrado en siete años de novios. El tipo no solo tenía amantes por todos lados en esa ciudad y en otros lugares, además de eso le gustaba poco el trabajo. Algún arreglo de electricidad o herrería a paso muy lento y nada más. Aunque le había pedido a mi abuela plata para comprarse máquinas y poner un taller. Y la abuela fue y le compró las máquinas para que pueda trabajar, aunque nunca le devolvió ni un centavo.

Un día vino Corina —una de sus mejores amigas— y le dijo que veían el auto de Francisco en la casa de “fulanita de tal”. Mi abuela después supo que fulanita de tal era su amante, pero no era lo más grave y no era la única. Así empezaron a correr los rumores, eso es lo que tiene vivir en un lugar dónde todos se conocen. Los chismes vuelan, pero siempre tarde, o llenos de errores.

La abuela ese día estaba sin filtro, a sus setenta años se animaba a hablar de todo. Era raro porque ella siempre dijo que la vida íntima no se ventila. Que lo que pasa en casa, se queda en casa. Poco a poco pude ir explicándole que incluso nuestra forma de vivir lo privado, no es natural.

La abuela todavía estaba nerviosa, pero siguió contando. Un día por no sé qué problema, decide ir hasta un campo cercano, donde supuestamente Francisco iba a trabajar.

—Mmmmm —dice mi abuelo viendo lo que se venía

—Yo fui con este amigo nuestro para darle una sorpresa porque el día estaba lindo.

—¿Y qué pasó? —pregunté yo, ansiosa ante el suspenso.

—Resulta que vamos y el campo estaba lleno de tipos. Los del campo eran todos amigotes de él y se ve que lo estaban esperando

—¿Y qué hacían ahí?

—Qué no hacían... Cuando me vio ¡no sabés! Estaba destruido, demacrado, se ve que había estado... dale que dale.

Mi abuelo Omar golpeaba la mesa y se mataba de risa. ¡Puto había resultado!

—Puto no, bisexual— decía la abuela, siempre moderna entendiendo todo

Pedro y yo quedamos como dibujados por un rato.

—Abue: ¿y mamá sabe todo esto?

—No, tu mamá no sabe nada, nunca se lo pude contar.

— ¿Y qué pasó? ¿Qué hiciste ahí?

—Me dijo que fuéramos a caminar, y empezamos a caminar y caminar hasta que llegamos a una laguna. Y ahí él me decía mirá, mirá para allá el sol, qué lindo día hace. Y se me acercaba despacito, y me decía que mire los pajaritos, y que cierre los ojos.

— ¿Y vos los cerraste?

—Sí yo los cerré, y creo que ese día me quería matar. Lo sentí, el miedo nunca es tonto.

— ¿Qué? —le pregunté aombrada— .

Me hizo cerrar los ojos un rato largo y después de eso agarró y me dijo “dejá, dejá, andá nomás, volvete que acá no tenés nada que hacer”. Y agarré, pegué media vuelta y me fui.

El abuelo se rascaba la frente, lo hace siempre cuando no sabe qué decir. Y Pedro sonreía y revoleaba los ojos. Porque no podía creer la historia. Pero no terminaba ahí. Francisco daba largo rato de charla, o, mejor dicho, la abuela confesando lo que había callado durante cincuenta años, y que ahora nos contaba entre la comida y el café.

— ¿Y después de eso decidiste separarte?

—Tardé un poco más. En aquella época no era como ahora viste, que te separabas así nomás si algo andaba mal. Era muy engorroso, y yo tenía una hija. Pero un día me decidí, tomé coraje y fui y le dije, de buena manera, porque me daba miedo, la verdad que le tenía un miedo tremendo. Él no quería saber nada con separarse. Pero un día le encontré una bomba, de esas caseras y ahí no lo dudé.

—No, no puede ser. Abu.

—Y sí, tu abuelo, querida...

—No le digas así, por favor.

—Bueno Francisco, era montonero -dijo mirándome a mí sola-. Y con el flaco Álzaga andaban en yunta, siempre. Se ve que el lugar para guardar las bombas era mi casa, y yo como siempre ni enterada, era tan confiada.

—Pero abuela ¿vos no preguntabas nada, no veías nada?

—A mí me enseñaron a no preguntar, y cuando preguntabas te daban vuelta la cara de un sopapo. Entonces, yo con él era así, como me habían enseñado.

—Bueno ¿y qué hiciste?

—Yo agarré la bomba, la escondí y ahí mismo me fui a lo de Carola. Ella ya sabía quién era Francisco, y yo confiaba en ella, así que me fui. Cuando llego le cuento todo, yo estaba asustada, porque tu mamá era una beba, y Francisco no quería separarse. Decía que se separaban las putas, no las mujeres bien. Él, que andaba con cuanta se le cruce... pero bueno. Entonces agarro, le muestro la bomba y le digo que me la tiene que guardar. Primero para sacarla de mi casa porque estaba tu mamá, y segundo porque si a mí llegaba a pasarme cualquier cosa, ella tenía que tener eso como prueba. Se la dejé y me fui.

—¿Y qué pasó?

—Y no, ésta agarró, y se la mostró al marido. Y le dijo:” mirá lo que me trajo Vivi.” Y atrás le contó todo lo que yo le había dicho. Resulta que el marido de Carola lo conocía a Francisco desde siempre, entonces fue y le dijo todo. Eso me lo contó ella misma después cuando me pidió perdón por no haberme cubierto, Yo confiaba

en ella, pero desde ahí todo fue distinto, yo entendía que no era fácil, pero tenía una hija, por eso lo hice.

A la noche viene este otro, y estaba como una yará, empezó a gritarme, me dijo... ¡Bah! Qué no me dijo. Y entonces yo aproveché y ahí nomás le dije que me divorciaba, y que si no iba a contar quiénes iban a casa, y todo lo que había encontrado.

—Desgraciado, hijo de mil. ¿Qué año era abuela?

—Y sería el 68 o 69.

—¿Pero él no decía que era radical?

—Eso dijo siempre para disimular. Vos también ¿qué querías que dijera? Pero no, ellos eran montoneros, negra. Por eso el hermano se tuvo que escapar. ¿Vos qué te crees? y ése, era peor que este otro, no sabés lo que era, la maldad pura.

—Pero no sé abuela, es que no me cierra. No lo puedo creer, te juro.

—No sé, pero te aseguro que fabricaban bombas.

—Sí, es que te creo, obvio que te creo, siempre noté cosas muy raras, pero nunca imaginé lo que podía ser capaz. Bueno y qué pasó, seguí, total tenemos toda la tarde por delante.

—Bueno ese día estaba enloquecido. Y me dice que, si yo hablaba, me la mataba a tu mamá. La tenía a upa, y me dijo que, si yo me iba, él me la mataba. Yo estaba desesperada, pero no me iba a quedar con él. Lo eché, le dije que se fuera, me dijo de todo, me tiró cosas por la cabeza, me rompía mis cosas. Pero yo sabía que esa era la última vez que estaba ahí. Salimos adelante solas, yo tejía para afuera, trabajaba y ahorraba todo lo que podía. Porque tenía que sacar adelante una casa, y a mi hija. Nunca nos dejó tranquilas, y cuando yo hice pareja con tu abuelo peor, todas las semanas un problema distinto. Nunca por supuesto hacerse cargo de su hija. Siempre el mismo.

—Si las habremos pasado con el Francisco—decía el abuelo

Ya habíamos terminado el café, y esa tarde la abuela que siempre anda apurada después de almorzar, no tenía nada que la apure. Solo contar su historia.

—La verdad ahora me siento menos culpable por no sentir cariño por él. Es como dicen, cada uno cosecha lo que siembra. Y él sembró en mí no solo el desamor por él, sino las bases de protegernos, de creernos, de estar amontonadas y haciendo frente a todos los tipos como él. ¿Escucharon bien ustedes dos, ¿no? Con nosotras no se meten nunca más.

—Ya caímos en la volteada— dijo el abuelo

—Si —dijo Pedro sonriendo, mirándome, entendiendo un poco más de dónde viene el matriarcado familiar.

Ese día quedó mucho por hablar. Pero fue tal el impacto, que yo tampoco le pude decir a mamá lo que la abuela había contado. Lo que su padre había hecho. No pude decirle lo del campo, ni lo de las bombas, ni nada. Siempre que hablamos de él mamá lo llama por su nombre, pocas veces le dice papá. Y yo le sigo diciendo ese viejo de mierda. Ahora, mucho más que antes.

Esa sobremesa sigue volviendo a mí una y otra vez. Y mi abuela ahora nos mira de frente.

La minita del año

— Es que no sé hacerlo ¿entendés? No me da confianza, ni satisfacción, ni nada, no puedo. Es como si tuviese que buscar en un libro sobre un tema que no me interesa en lo más mínimo. O sea, si tengo que hacerlo sí o sí lo hago, bah lo que quiero decir es que antes, cuando era chica, hubiese ido a la biblioteca, le hubiera dicho todo mi problema a la bibliotecaria, y que ella me ayude a buscar el libro, y yo me encargaba de buscar el contenido y armar la respuesta. Ahora tengo Google, ya no voy casi a la biblioteca, aunque me encanta. Pero buscar en Google es un arma de doble filo porque termino mirando cualquier cosa menos lo que estaba buscando.

— No entiendo tu metáfora, Lola, siempre tan enroscada vos.

— Lo que estoy diciendo es que esta aplicación me entretiene, me permite recrearme y buscar algo que no sé muy bien qué es, más allá de acostarme con alguien o en el mejor de los casos llegar a algo copado. Sin embargo, me dispersa. Dos meses hace que corté con Juan nada más, ocho años, y qué ¿tirados a la basura? Pareciera que todo eso es descartable, que todo el mundo incluso vos me piden que lo deje de lado, que lo corra. Y después de eso salga corriendo, me vaya a depilar, a comprar pilcha aunque me endeude con la tarjeta y quede re clavada, que me descargue la app, me ponga un poco en pedo, y ¡listo! Sea la minita del año, rodeada de chongos. ¿Querés que te diga? Me siento d-e-s-c-a-r-t-a-b-l-e.

—Lola, estás exagerando. Nadie te dijo que olvides a Juan, o que lo corras. Lo que te decimos es que mientras pasa eso que duele, te diviertas un poco, tampoco te depiles si no querés, no es imprescindible. A las pibas les funcionó ¿por qué no va a funcionar a vos?

— Porque yo no soy las pibas, querida.

— Andá a cagar, querida. Cuando necesites llorar acompañada, trae a tu gato a la pieza, o no sé llámalo a Juan. Que en definitiva es la causa de todo esto, y vos como una boluda defendiéndolo a capa y espada, y dándole fidelidad de ex. Sos una boluda.

—Andate a tu casa, Manuela. Déjame de joder, quiero estar sola.

—Estás sola Lola, y sí mejor me voy.

—Fue un fracaso, entendés, me aburrí, me salió una fortuna la cena, tuve que irme hasta Buenos Aires, volverme en el bondi a cualquier hora, todo porque vos me alentaste. Ya me tendría que haber dado cuenta de movida, cuando me dijo que prefería hablar personalmente de política, o cuando me dijo en qué lugar encontramos, tendría que haberme fijado más, stalkeado todo lo que podía, no lo hice, y así me fue.

—Bueno, pero podés parar y contarme con más detalle.

—Sí, pero dejá de reírte, no sé qué es lo que te causa tanta risa, nena. Yo puse todo de mí, y tengo un imán, mirá que la remé, le puse onda con cada uno de los que me vi. Pero este pibe fue demasiado, en vez de levantarme el ánimo como vos me decías, me lo bajó el doble, y encima casi vuelvo a escribirle a Juan de la depresión que me agarré.

—Quedamos en que eso no. ¿Qué es lo que no entendés Lola?

—Entiendo todo Manuela, pero también siento, no sé si alguna vez te pasó.

—Sí me pasó, pero soy menos dramática, esa es mi táctica, en cambio vos seguís enroscada todo el tiempo con alguien que no te quiere más. Y no solamente eso, sino que te tirás abajo, y no te preservás. Dale contame querés, en una hora entro a laburar.

—Bueno, cuando llego empezamos a hablar, intenté ponerle onda y despojarme de prejuicios. Me dice que él vivía con la vieja, que se había separado hacía dos años y de ahí nunca más estuvo en una relación. Y que tampoco quería tener una. Lo cual para mí estaba joya, porque yo no quiero tampoco. Pero, en eso viene la moza y era venezolana, eso lo supimos después. Y ahí el pibe arrancó.

— ¿Qué dijo? ¿Qué dijo? Ya sabiendo el final, me descompongo de risa.

—Sos una forra. Empezó que sabía que en ese lugar pagaba muy bien, porque conocía a los dueños, etc. etc. etc. que no había que dejarle propina, porque ya suficiente le dábamos en este país a los inmigrantes.

—Jajajajaja ¿y vos que hacías?

—Y yo estaba asombrada y re caliente. Quería matarlo, pero a la vez me había ido hasta ahí, ya sabía que no iba a pasar nada, pero aunque sea quería comer y emborracharme tranquila antes de volver.

—Y sí amiga, que más quedaba.

—Bueno pará: se maneja, sigue y sigue agitando su xenofobia, y su cabecita de mierda y en eso empieza a ver el celu, todo el tiempo, no paraba. Yo empiezo a incomodarme, entonces le pregunto si está todo bien, si tenía algo que hacer. Onda para que me diga sí, y poder irme sin mandarlo a cagar. Porque estaba en un día que ni ganas de discutir con el extraño éste.

— ¿Y qué te dijo? ¡Dale que me tengo que ir!

—Me dice que no, que estaba viendo algo para hacer después conmigo. Imaginate mi cara, o sea el pibe no me registraba, porque era obvio que no daba para hacer mucho más que eso. Pero yo ya estaba medio resignada, entonces le pregunto qué planeaba... y me dice que podíamos ir a su casa que su vieja no estaba, treinta años ¿entendés? Yo le digo que no, que por ahí otro día podía viajar él y venir para casa. Obvio que no iba a pasar. Se pone re mala onda, y ahí nomás me muestra el teléfono y me dice que a ver si no sabía para qué había ido, y que si él quería podía estar con todas las minas de la app, y me muestra sus match, con cara de sobrador.

—Nooo. Me muero, me muero. ¿Y qué hiciste?

—Y me levanté de la silla desquiciada, y fui al baño, a mojarme un poco la cara para ver si me pasaba la bronca, o tal vez para ver si había otra salida para irme de ese lugar, pero no, no había. Entonces volví, con más fuerza, indignada conmigo por estar ahí y por ese pibe que era un imbécil. Empecé a gritar en el medio del bar a ver quién de ahí quería estar con el pibe, con un moño y le cedía mi lugar, porque el

chabón no daba más de boludo. Él estaba desencajado, miraba para abajo, y me pedía entre dientes que por favor pare, o me vaya que estaba todo bien me repetía “ya fue flaca, ya fue”. Cuando terminé de gritar, y descargarme la llamé a la moza y agregué lo de su xenofobia. Hay que prevenir viste, él iba siempre a ese lugar, aunque supongo que, si tiene un poquito de vergüenza, por un tiempo no va a ir. Y después de eso lo miré a él bien fijo, miré a todo el público que teníamos, le dejé la propina a la moza, y me fui.

— ¡Ay Lola! Que bajón, te juro que a las pibas les funcionó, y yo también tuve un par de encuentros con algunas chicas re copadas.

—Parece que tus encuentros son mejores. O que hay que encontrarse con pibas.

— Yo te dije, le vida es muy corta.

—Sí, sí ya sé. Pero bueno, por ahora solo busco pibes. A la vuelta eliminé la app. Y me lloré todo, porque después del enojo, me vino una tristeza de soledad. Una tristeza de Juan, de la compañía cotidiana, de cocinar, tomarnos un vino, o masticar series los días de aburrimiento, de volver al punto de inicio.

— ¿Pero no le escribiste, no?

—Sí, le escribí, para qué te voy a mentir.

—Ah bueno, suerte que entendías. ¿Y qué te dijo?

— Que no quería verme, que no quería hacernos mal. Habló en plural, pero sé que en realidad lo que no quiere es verme.

—Al menos podés admitirlo. Con o sin app, Juan ya fue.

—Sí, Juan ya fue. Para él también soy descartable ¿O no? Te cuento y me dan ganas de llorar de nuevo.

—Si ya pasó más de un año, mañana me entregan el título, estoy feliz. Qué se yo, después de tanto tiempo, pienso que ya es hora de tomar la decisión. Todavía no lo sabe nadie, ni mi familia, ni las chicas, ni siquiera Manuela.

— ¿Y eso por qué?

—Y porque me da miedo. Es raro hablar así, sin verte la cara.

—Es parte, hacer diván es parte de tu avance en este espacio.

—Sí, ya lo sé.

—Pero no te gusta.

— No es que no me guste, es raro. Hablar sin mirar a la cara, es como... no sé, es como ausencia.

— ¿Como cuando usabas las apps?

— No lo sé, tal vez.

—Dejamos acá. Nos vemos la semana que viene.

Cuando cerré la puerta me largué a llorar. Lloré muchas cuerdas hasta llegar a la plaza, y recién ahí pude respirar, sentarme a ver la gente pasar, a pensar, a decidir cómo iba a contarle a Manuela y a todos los demás. Faltaban apenas unos meses, y tenía que resolver mi vida entera.

Sonó la notificación del celu, y desde insta me pedía hacer videollamada. Le dije que más tarde, que ahora iba a ver a Manu. Me respondió en su español-tano que bueno, que a la noche entonces, pero que no me olvidara, porque había que fechar los pasajes ahora que ya tenía la ciudadanía europea. Le mandé el emoji de la carita con corazones en los ojos, y le puse que sí, que a la noche cenábamos juntos. Olvidé lo del horario, porque en cada charla, cada vez que lo escuchaba o lo veía (en el celu o en la compu) me sentía un poco la minita del año, con app incluida. Pero en mi defensa ante las chicas Insta no era Tinder. Lo que más me inquietaba era que tenía que decirle a Manuela, aunque sabía que iba a ponerse dramática, por más

que ese no fuera su estilo. Italia quedaba muy lejos, pero al menos podíamos vernos por las app.

El campo era muy oscuro

Mabel era la menor de las cuatro hermanas. Siempre drástica en sus decisiones y sus pasiones, a los quince años comunicó que se casaba con Néstor, un vecino, y el padre se negó, le dijo sin mucha explicación que no, que no tenía permiso, y que además sabía que ella no estaba enamorada. El campo la esperaba como cada día, para sus tareas y sus quehaceres, la economía había que sostenerla en familia, y si ella se iba, sus hermanas no llegarían a tiempo, porque cada una tenía su tarea asignada. Horacio, su padre, mandaba en el campo y en la vida de cada una, pero Mabel siempre se le iba de las manos. Le armó semejante lío por no dejarla casarse, que ese año fue el que más perdieron económicamente con la cosecha. Ya no importaba Néstor, lo que Mabel quería demostrar era que en su vida mandaba ella, y el casamiento era la salida para irse, esa vez no logró lo de irse, porque casarse no le interesó nunca.

A los diez años Mabel ya daba vuelta la casa, a los gritos andaba entre maizales llamando a los peones cuando algo no le parecía que estuviese bien hecho. Los hombres hacían como si la escucharan, pero nunca hacían lo que ella les indicaba. “Mirá si una borrega va a saber más que nosotros”, decían entre ellos muertos de risa. Pero la borrega sabía más. Empezó poco a poco a ser más cuidadosa, y revisar todo en detalle, a aprender la contabilidad, las horas trabajadas, el momento de pago, la asistencia de los empleados, y a lidiar con su padre —el señor Horacio— que siempre estaba presente, pero trabajaba poco. Se resguardaba en el esfuerzo de las mujeres de la casa, y se llevaba los laureles, entre los campos vecinos. La plata que entraba también la administraba él, nunca le era suficiente, por eso la repartía en partes desiguales. A Mabel siempre le tocaba un poco más que a sus hermanas, porque era la que lidiaba con más cosas. Fue mi Mabelita la que nos dio sueldos más justos a todos, y a mí en especial. Reivindicó mi trabajo y mi lealtad. Cosa que para su padre no valía mucho, fue ella quien le hizo ver que esas cosas se valoran y se pagan. Claro que, con muchas discusiones, hasta un cachetazo se ligó la pobre. Pero a ella nada le importaba.

Horacio era un tipo serio, de porte grande y ancho, él decía que a la mujer se la respeta, que a la mujer se la quiere, pero también se la educa, se la amolda, se le

enseña a ser la mujer que uno necesita a su lado. Creía que esa era la forma de tener un matrimonio que perdure. Un metódico a ojos de los vecinos, un arbitrario para sus hijas, un hombre recto para su esposa, Clarita, que nunca pudo imponerse ante su marido. Era verdad que la teoría de Horacio se comprobaba en Clarita, estaba hecha a semejanza de los gustos y demandas de él. Todo lo que una buena esposa debía ser y hacer, lo hacía Clarita. Pero como madre no era lo mismo, habían pasado los años, y Clara a escondidas y con disimulo había empezado a plantar en sus hijas la semilla de la libertad. La vida de campo era amena, y daba de comer, pero a veces hay que volar decía ella, mientras regaba cada planta de su jardín, con una paciencia asombrosa. En cada tarea mostraba su manera de ser. Clara mujer se desdoblaba en esposa y madre, yo ayudaba en todo lo que podía, pero igual ella nunca se quedaba quieta. Clara siempre trataba de mediar, y soportar las broncas y reproches que venían de un lado o del otro. Horacio no daba tregua, pero las cuatro hijas mucho menos. Y desde temprano se vio que Mabel era la única que podía enfrentar a su padre. Bah al menos para mí era notorio, desde que los conocí, Mabel era un pequeño tornado, no había forma de salir ileso de semejante criatura.

Eran los '70 y a pesar de que en una parte del mundo el hipismo desplegaba su esencia, en el campo todo atrasaba veinte o treinta años —¡Ja si habré escuchado discutir bajito a Doña Clarita con Don Horacio, cavernícola le decía y él se volvía loco!— Mabel miraba con resignación la única tele que tenían en su casa con una imagen un poco llovida, pero veía lo que ella quería: libertad. Ese mismo día lo decidió, a la única que se lo dijo fue a Clarita, que como siempre lloró, pero le dio un sobre con los ahorros que tenía y le dijo “cuídate por favor, esto te va a servir por un tiempo. Después veo cómo se lo digo a tu padre”.

Armó un bolso chico, como para no despertar sospechas, y pensaba irse a la madrugada, tenía todo cronometrado. Escuché cuando hablaba con Clarita, pensaba dejar los perros atados, y avisarle a Antonio para que no salga a correrla en medio de la oscuridad, tratando de retenerla.

Mabel le rogó, pero no había caso. Le dijo que hasta Clara la apoyaba, que tenía plata para subsistir un tiempo, y por supuesto que no era definitivo, que

cuando lo creyera conveniente iba a volver—obvio que mentía—. Antonio estaba furioso, se gastaba en palabras que a Mabel le daban lo mismo, que Don Horacio, que el campo, y demás excusas. En realidad, Antonio quería decirle que se quede, por él, por lo que había pasado, o que se fueran juntos. También sabía que le debía una disculpa, tarde o temprano Mabel iba a darse cuenta de lo que había pasado. Para terminar de embarrarla le decía que una buena mujer nunca anda vagabundeando sola por la vida, eso a ella la enfureció más que su falta de entendimiento.

—Antonio, mirá: yo me voy sola. No te estoy pidiendo permiso, ya parecés papá, te estoy avisando para que no salgas con tu escopeta pensando que entraron a robar y me pegues un tiro. Solo eso. Ya estoy grandecita ¿No te parece?

—Creo que es una desvergonzada. Y además... ¿Yo qué? ¿Mi opinión no cuenta? Hago lo que me pida, Mabel, pero déjeme ir con usted. Podemos ser felices, yo sé que confía en mí.

—Primero tuteame, ya nos conocemos ¿No? Y además no podés venir conmigo, porque justamente lo que quiero es empezar de cero,irme sola, no tengo nada que perder, ésta ya no es mi vida, por favor te pido que no digas nada, y me dejesirme cuando me veas salir. —Hizo como un llanto breve para ver si lo convencía.

—A mí no me llore eh, que por eso no le voy a creer más, ni me voy a quedar acá de lo más tranquilo. Se va porque tiene vergüenza, no le creo eso de que quiere estar sola, si acá es una reina, además, empezar de cero, si no conoce más que el campo. La vida en la ciudad es otra cosa, alguna vez fue a una ciudad grande ¿eh?, a nadie le importa el del al lado, no creo que pueda. Pero sobre todo no creo que deba irse y dejar así a su familia, a su padre lo va a matar. O se muere de un infarto o se muere de tristeza.

—Antonio, entendé por favor. Y te pido que no le digas que anoche fui a verte y estuvimos bebiendo, me duele todo, no sé por qué. Por favor no te pongas así... yo confío en vos, pero...

—Pero ¿qué? Pero no lo suficiente. —le dijo mientras la zamarreaba del brazo, yo ahí ya estaba a punto de salir para defenderla, pero me quedé quieta porque a mí sí me daba miedo Antonio, nunca me inspiró confianza.

— ¡Soltame! ¡Ni se te ocurra! —le dijo y cuando miró para abajo yo creo que le salió de adentro. Le dio con la madera en la cabeza, una viga gigante no sé cómo hizo para levantarla tan rápido. Y Antonio no se cayó del todo, pero quedó sangrando y atontado en el suelo.

Mabel salió corriendo, y yo pude ver por la hendidura de las maderas que bordeaban la huerta, que puso el auto en marcha, que ya tenía preparado en la tranquera, y se fue tirando tierra para todos lados. Antonio llegó con la escopeta dispuesto a tirarle (no sé si a ella o a la rueda) pero ya era tarde. Se largó a llorar balbuceando “no te vayas, no te vayas, hija de puta”. Cuando lo quise ayudar, me miró fijo, con los ojos en llamas, me corrió de un empujón y salió para adentro con la cabeza sangrando. Tuve miedo del después, pero a la vez me sentí feliz de semejante acto de valentía de Mabelita. El pequeño tornado había pasado una vez más, y ahí estábamos nosotros en un campo arrasado por la furia y el escape de Mabel, sin ella, buscando ahora la mejor manera de seguir adelante. Porque el tiempo sigue girando falte quien falte. No podíamos irnos con Mabel, su libertad era parte de nuestro tesoro. Aunque Horacio y Antonio no lo entendieron tan así.

Llamó varios días y se quedaba en silencio, se ve que estaba esperando que atendiera yo. Me pidió que le dijera nada más a Doña Clarita, pero sin que se enterara de su padre, me lo recalcó tanto que le hice caso. Pero otra vez me dio esa sensación en el pecho de que la tormenta estaba cerca, y podíamos hacer lo que fuera, pero no iba a detenerse. De todas formas, me puse feliz, hacía tanto tiempo que no teníamos noticias de ella.

—Marcia explicate mejor. —Me dijo Clarita con cara de pánico.

—Lo que digo Señora es que me llamó Mabel y vuelve mañana. Me dijo que le avise, y que no pudo avisar con más tiempo. Yo no sé, pero me pidió que le prepare su habitación con su cama grande y una más, y que también va a necesitar

mis clases de idioma. Es decir, señora no creo que venga sola, tal vez trae a alguien para presentarnos. ¡Ahh estoy tan contenta! hace tanto que no enseñé idiomas, aunque no entiendo para qué, porque ella ya sabe inglés y francés, pero bueno.

—¡Ay Dios mío, siempre lo mismo con Mabel! ¡Por qué no me llama a mí y me dice las cosas directamente! Qué bronca me da, seguro era ella la que llamaba y colgaba. Justo ahora que Horacio está más calmo, esto no me da una buena sensación, Marcia. No sé cómo podés estar tan contenta, no sabía que querías volver a enseñar idiomas, si me hubieses dicho podrías haber ido a los campos vecinos.

—No señora yo trabajo solo acá, es que estoy contenta de que vuelva. A mí también da pena, sobre todo por el señor Horacio. Yo intenté preguntarle, hacerle saber que se la extraña, pero que estamos bien acá. No le quise contar tampoco nada de lo ocurrido como ustedes me dijeron, pero pienso que, si tal vez usted le dice, ella puede posponer su visita para más adelante.

—No, si llamó y dijo eso es porque lo que tiene que hacer acá es urgente o muy importante. Yo no entiendo cómo puede aparecer así después de diez años.

—No sé señora, ella se fue tan de golpe, tal vez haya algo que no pudo decirnos, o simplemente extraña y viene por eso. ¿Quién no extraña a los suyos?

—Tal vez no, seguro que hubo algo que no nos dijo, no creo que sea solo porque extraña Marcia, no la defiendas. Y no me olvidó de cómo apareció Antonio al otro día, ni de tu cara, Marcia, vos supiste algo más, pero entiendo que fuiste leal a Mabel como siempre.

Ya estaba yéndose el sol cuando escuchamos que alguien llegaba. Clarita me hizo seña de que fuera rápido a ver, Horacio estaba sentado en la mesa tomándose el Cinzano de todas las tardes, pero tenía una cara, los ojos rojos, llenos de bronca, parecía mudo, durante todo el día apenas si había dicho palabra. Pero Mabel era así, un pequeño tornado, y no existía otra manera en ella. Sus llegadas y sus salidas eran siempre tempestuosas.

— ¡Mabelita mía! Es Mabel, es Mabel — les grité para que salieran, aunque sea para disimular.

Primero bajó ella, sacudiendo los brazos y con una sonrisa gigante. La vi abrir la tranquera para entrar el auto rojo.

— ¡Hola Marci, querida! —me dijo con un abrazo interminable, de esos que solo ella me daba.

— ¿Y dónde están todos o no quieren vernos? —dijo en un tonito burlón— Bajen, bajen —les hizo señas, mientras corría para abrir el baúl y las puertas del auto. La ayudé con los bolsos, me quedé esperando a que bajaran del auto, y a que alguien más saliera a recibirla. Por supuesto que la primera fue la señora Clarita.

—Hola hija querida, vení —le dijo abriéndole los brazos, como siempre a todo el mundo, porque era así, en eso Mabel había salido a ella, siempre dando cariño.

Clara la abrazó tanto que la hizo chiquita. La hija volvía a su nido después de veinte años, y encontraba a su madre dispuesta a darle amor.

—Mamá te presento: ella es Marina mi amiga de España, y ella es Lucía...

No solo Clara se quedó inmóvil. Yo casi no pestañeaba, mientras Mabel como si nada sonreía y apilaba bolsos, dispuesta a entrar, mientras que preguntaba por sus hermanas, y por su padre. La verdad que me quedé hipnotizada con Lucía, esa cara, esos ojos, parecía que retrocedíamos en el tiempo.

—Hola soy Lucía, vos sos Clara ¿no? Mamá siempre me habla de vos, y también de mi abuelo. Ya quería venir, pero teníamos que esperar. ¡Estoy tan contenta! abuela.

Clara quedó sin palabras y también abrazó a Lucía. Pero a Mabel la miró como nunca la había mirado antes. Si había algo que no toleraba de nadie era la mentira, y mucho menos una mentira o un secreto familiar, decía que eso es lo que lo destruye todo. Cuando me preguntaba si yo sabía tal o cual cosa de las chicas o de Horacio, me decía: acordate Marcia, no hay nada peor que la carga de los secretos familiares. Y sé por qué te lo digo A veces su frase de cabecera me hacía sentir culpa y

terminaba contándole algo de lo que sabía. Pero otras, como la noche que Mabelita se fue, nunca se la conté completa, y nunca se la voy a contar.

Marina quedó relegada a un costado entre tanta presentación y emociones. Pero no se la notaba incómoda, se la veía observadora, muy bien vestida y con ese acento. Se veía que con Mabel eran muy unidas, porque la verdad que acompañar a una amiga en semejante momento había que tener ganas eh.

—Entremos —dijo Clara. Papá está adentro, las chicas vienen más tarde.

—Estás hermosa mamá.

—Vieja estoy. Vieja y cansada hija, el tiempo pasó también para mí.

Entramos y ahí estaba Horacio, su postura y su cuerpo no eran como hace tiempo, diez años cambian a cualquiera. Pero conservaba sus formas, su mirada seria y avasallante, pero también ahora, después de todo lo que había pasado, se lo veía más vulnerable, será por eso que puertas adentro estaba más dócil, más ameno, más humano.

Mabel lo miró con esa mirada necesitada de amor que siempre tuvo. Horacio toda la vida le devolvió una mirada llena de amor, a pesar de sus trenzadas constantes por cosas del campo y las rebeldías de Mabel. Pero ahora no, él también había cambiado sin que Mabel lo supiera, y además se había sentido abandonado por su hija.

— ¡Hola papá! ¿No me vas a saludar? —le dijo efusiva y se acercó ella, porque Horacio ni se movía.

La miró serio y no se acercaba nunca, hasta que la abrazó. Un abrazo corto y una palmada en los hombros, como para que se termine el gesto. Ella en ese momento le dijo que estaba flaco.

—Tu madre viste, ya no quiere cocinar desde que ustedes no están en casa.

—Papá te presento a Marina, mi amiga de España, y ella es Lucía...

Horacio miró a la nena, miró a Mabel, a Clara, y ahí nomás se cayó al piso, desmayado.

En Argentina estábamos de nuevo en democracia, y entendí enseguida por qué fue que ella había vuelto, y había traído a Marina y a Lucía. Esa misma noche que se armó todo el revuelo, ella me explicó que antes no podía, no se animaba a volver dada su situación, y era por eso mismo que tampoco dijo nada cuando llamaba por teléfono, y se limitaba solamente a hablar de su trabajo en España. Me contó que primero estuvo en Buenos Aires y allí nació Lucía, pero las cosas no estaban nada fáciles, y después de recibirse como trabajadora social había decidido irse, para encontrar un futuro. Nunca pero nunca, ni siquiera en los días que Mabel no comió para darle su plato a la nena, pensó en volver al campo, ni en pedir plata a la familia. Ella siempre decía “el que no suma que no reste” ella sabía que no sumaba nada volviendo acá, pero si hablaba, restaba para toda la familia. No fue la única en guardar secretos, ya que ni Clara ni sus hermanas le habían dicho nada de lo que le pasaba a su papá, por pedido de él. Su enojo era tan grande, que cuando estuvo internado grave y le preguntaron si quería verla a Mabel, dijo que no, que ella ya había elegido, y él no la quería cerca. Ambos guardaron sus presentes de ese entonces. Mabel por precaución y Horacio por orgullo. Ahora caminaban sobre los pasos ya dados.

Clara se sentía mal, había quedado en el medio de aquella vieja guerra entre padre e hija, escindida una vez más, y ahora no solo le dolía por Mabel, también estaba Lucía, y quería recuperar el tiempo perdido con su nieta. Pero todavía Horacio no aflojaba y la hacía elegir. Ella fue astuta y le dijo que no la hiciera elegir, porque había sido él quien le había pedido que deje todo para ser madre. Y como madre nunca iba a dejar de lado a ninguna de sus hijas. Horacio pegó media vuelta y se fue. Como ya se sentía mejor, y no tuvo más desmayos ni complicaciones, se dedicaba a hacerle notar a Mabel que su elección y su forma de vida no eran de su agrado. Horacio decía que ella los había abandonado y que no le iba a perdonar nunca haberse ido a escondidas de él.

Estábamos en la cocina con Mabel, cuando entró Horacio y preguntó cuánto faltaba para la comida. Mabel no se aguantó más, y le dijo:

— ¿Papá no vas a hablarme mientras esté acá? Vine a verlos, a estar con ustedes, a que conozcan a Lucía, la disfruten, le den amor. Y vos como siempre lo único que hacés es hacerte el duro.

— Mirá Mabel, vos sabés bien como son las reglas de esta casa. Nunca nadie de la familia me causó tanto dolor. Y eso que tuve dolores grandes. Pero lo que vos hiciste no tiene perdón. Y decime Mabel ¿Lucía, no tiene padre acaso? Porque de eso ni noticias, nos enteramos que tenemos una nieta que ocultaste todo este tiempo, y encima no decís absolutamente nada, esa es la confianza que nos tenés a nosotros, tu familia. Y además conozco tus mañas: viniste con esa amiga gallega tan moderna para que todo pase, para salirte como siempre con la tuya. Pero conmigo no Mabel, a tu madre podés manejarla, a mí no.

— ¡Ah bueno! Papá vos no tenés cara. ¿Vos me hablás de salirme con la mía, de manejar a mamá? ¿Justo vos que les prohibiste a ella y a mis hermanas que me trataran, que me dijeran lo que te pasaba? ¿Y si te morías en la operación? Esa es tu forma papá: manipular, hacer sentir culpa. Y no, para tu información, Lucía no tiene padre, nació por obra y gracia del espíritu santo.

—Seguís siendo siempre la misma, ahora te crees encima con derecho a insultar la fe de esta casa. Si no te gustan las preguntas, y no te gusta cómo se vive acá podés irte por donde viniste.

— ¿Eso es lo que querés, papá? ¿Y dónde quedó aquello de ayudarnos, de que siempre ibas a estar para mí? Papá uno de los motivos por lo que me fui, es porque nunca me tuviste en cuenta salvo para tus anhelos de que sea tu sombra, tu molde. Papá: yo tuve sola a Lucía, como la abuela te tuvo a vos, parece que la historia se repite, la sangre no es agua. La única diferencia es que no busqué un hombre que le ponga su apellido. Con el mío, le alcanza y le sobra.

Horacio se acercó, y Mabel bien plantada lo miró a los ojos sin bajarle la mirada. Parecían un espejo. ¡Repetí lo que dijiste! Se acercaron así, firmes mirándose, yo pensé que venía el cachetazo, porque Horacio estaba desbordado.

Pero Mabel le ganó de mano, y se le colgó del cuello. Se fueron agachando hasta sentarse en las sillas, pero sin soltarse, y lloraban como nenes, nunca lo había visto llorar así al señor, ni a Mabelita (y eso que la he visto llorar algunas veces). Hay quienes se necesitan para poder verse a sí mismos. Su hija predilecta le había tirado por la cara lo que nadie nunca nombraba.

Esa noche la cena fue distinta, había una armonía y una alegría necesaria después de todo lo que había pasado. Sacaron hasta el álbum familiar para mostrarles a Marina y a Lucía lo que era Mabel cuando vivía en el campo. Era tan distinta, ellas se morían de risa, Mabel hacía chistes, y Clara miraba callada mientras agarraba a Lucía muy suave por la espalda. La calma, aunque efímera, siempre necesaria, nunca voy a olvidar esa noche. Se los juro, ahora lo recuerdo y parece increíble.

Al día siguiente empezaron a planear una fiesta a lo grande, con todas las hermanas y todos los nietos juntos. Mabel quería que Lucía conociera a sus cuatro primos, y quería que fuera rápido, porque sabía que su estadía en el campo no iba a prolongarse mucho. Tenían pensado después de eso irse a viajar un poco las tres, para que Marina y la nena conocieran el país, y de paso Mabel pudiera relajarse un poco. Porque se la notaba tensa en el campo, y claro como para no.

En la fiesta estaban todos, las cuatro hijas, los cinco nietos, Clara, Horacio, Mabel y Marina. Como ocurre en estos lugares –y eso es lo que detesta Mabelita- los vecinos se enteraron y empezaron a venir más de lo habitual, con diferentes excusas, preguntar por la cosecha, decir que vieron gente extraña y que querían saber cómo estaban los Di Carlo, o simplemente reconocer que venían a ver la extranjera. “Extranjera solo ella, decía Mabel señalando a Marina. Yo soy Argentina, bien Argentina soy”. La sutileza no era lo de ella, por eso creo yo que a propósito sacaba todos los temas que sabía bien que iban a generar cruces: el nuevo gobierno, las heridas en carne viva de la dictadura, las horas de trabajo mal pagas a los empleados de los campos vecinos, y también los secretos viejos de las “señoras bien”. Ella se descomponía de la risa, y cada uno de los venía se iba hablando de ella. Repartiendo chismes inexactos, y horrorizados por la mentalidad de Mabel. Que no

era nueva, solo que ahora lo exageraba para los que venían a chusmear se fueran enojados o sorprendidos de todo lo que ella les decía.

Y en eso, veo que Horacio se levanta y va hasta la puerta, ya estaba oscuro.

—A dónde vas Horacio. —le dijo Clara.

—Viene alguien Clarita, ¿no escuchás los perros?

—Pero no vayas vos, dejá que vamos nosotras.

—¿Pero se piensan que soy un viejo que no puede ni abrir la puerta?

—¡Pero miren quién es, claro estos perros nuevos no lo conocieron! Es Antonio, es Antonio Mabel, seguro viene a saludarte. Ese sí que lloró cuando te fuiste, y mirá vuelve ahora.

—Don Horacio, cómo anda usted tanto tiempo, qué bien verlo así. ¿Puedo pasar? me enteré que andan de festejo y quise venir.

—Pero por favor Antonio, pasá nomás. Sí te chusmearon bien, estamos de festejo, acá vino Mabel, y no vino sola. Pasá, así la saludás.

En ese momento yo miré a Mabel y no supe qué hacer, ella se tragó de un sorbo la cerveza que le quedaba en el vaso, se paró rápido y se puso delante de Lucía. Marina también se paró y se puso al lado. Clara miraba una vez más sin entender lo que pasaba. Y yo ya había empezado rezar a la virgen, a Dios y a todos los santos.

— ¡Mabel, querida! ¡Tanto tiempo sin saber de usted! ¿Cómo no me avisó que venía?

Ella estaba incómoda y se la notaba torpe, había visto que las manos le temblaban, y tenía ese gesto de los ojos bien grandes, que solo lo hacía cuando estaba sin salida, cuando no sabía bien cómo reaccionar.

— ¡Antonio ¿cómo estás vos? Llegamos hace poco, no avisé a nadie que venía, ni siquiera a ellos, y no sabía que andabas por acá, no sigo tus pasos. Pero ya sabés cómo es acá, los chismes vuelan.

Él se quedó mirando fijo a Lucía, y ella lo miraba sin sacarle la vista también, se ve que en eso había salido a la madre. Marina estaba tensa, se le notaba en la mandíbula. Y fue la primera en saludar.

—Hola, me presento, yo soy Marina, amiga de Mabel. ¿Vos sos...?

—Bueno, mucho gusto, yo soy Antonio, no creo que sepa, para la conozco a Mabel desde que era jovencita. Qué acento el suyo ¿gallega no?

—Catalana, Antonio. Y sí, lo conozco de nombre —esa mujer flaca y sofisticada estaba haciéndole saber de antemano que se cuide, que ya lo sabía todo.

—Ah bueno entonces presentados todos, me falta saber quién esta belleza —dijo tocándole la nariz a Lucía.

—Yo soy Lucía, señor.

—Es Lucía, mi hija —dijo Mabel—.

—Ah, pero sí que cambió usté Mabel eh, hasta una hija tiene. Quién lo hubiese dicho ¿no?

Mabel sonrió incómoda, y abrazó a su hija.

—Sentate, por favor Antonio te sirvo algo

—Bueno Horacio, si no molesto, los acompaño un poco.

A esa altura el aire se cortaba solo, y a Antonio se le notaba que ya no le hacía falta seguir tomando vino. Horacio estaba contento de verlo, y le preguntaba qué había sido de su vida, mientras su antiguo empleado le contó que había estado trabajando en diferentes lugares de la provincia, hasta que decidió volver para los pagos. Ahora trabajaba en un campo que estaba cerca a unos cien kilómetros, por eso se había enterado de que Mabel andaba por el campo.

— ¿Y te casaste, tenés familia? — preguntó Mabel como para disimular—.

—No, no me casé. Estuve cerca algunas veces, pero no es fácil encontrar una buena mujer que quiera acompañarlo a uno de lugar en lugar, sufriendo el desarraigo, y cumpliendo órdenes de otros.

—Y no, me imagino. Tiene que ser alguien que te quiera mucho, porque si no es muy difícil, y además que no trabaje, es decir, que se dedique a estar en su casa o a criar hijos exclusivamente. —Clara dijo eso como justificando su existencia entera.

—Sí, es que para eso el hombre trabaja, para darle todo a la mujer. Para que no le falte nada, y pueda estar tranquila adentro, sin hacer esfuerzo.

—Una buena mujer, Antonio, se merece lo que quiera. Los tiempos cambiaron mucho, ahora ya no hay que quedarse todo el tiempo en la casa a cuidar hijos. Se puede trabajar y ser madre, ser madre y profesional. Sino mírame.

— ¿Sí la miro, la miro, pero el padre de esta hermosura no la mantiene o al menos la ayuda?

Fue un pequeño e incómodo silencio, pero se estaban tirando todas las municiones que tenían. Como era lógico Mabel no iba a quedarse callada, pero Antonio con todo el vino y la bronca que traía encima tampoco. Clara había llevado a Lucía a dormir, porque a Mabel le gustaba que no rompiera su rutina, que se acostara antes de las doce.

—La hermosura se llama Lucía, y no, no tiene padre. A mi hija la mantengo yo, y si yo no puedo con algo me ayuda Marina, que es como su segunda mamá.

— Bueno madre lo que se dice madre hay una sola. ¿O sea que la tuvo soltera? ¿Y cuántos años tiene?

— Tiene nueve —interrumpió Horacio, y aunque se equivocaba Mabel no lo corrigió.

En eso Marina dijo que estaba agotada, que se iba a dormir ya que al día siguiente tenía que ir al pueblo a comprar algunas cosas. Había cambiado su actitud, y había estado bastante callada observando a Antonio toda la charla.

—Buenas noches a todos. Adiós Antonio.

—Buenas noche señorita ¿o señora? No sé si usted es casada.

—Señora Antonio, no me casé nunca por suerte. Pero a mi edad las mujeres ya somos señoras, la juventud ya pasó. —Le guiñó el ojo a Mabel y se fue.

—Bueno me tomo otra copita y me voy don Horacio-

— ¿Te parece Antonio? Mirá que ya nos tomamos dos botellas nosotros dos.

Mabel hacía rato que quería dejar la charla, e irse a dormir, Horacio y yo nos caíamos de sueño, pero Antonio parecía atornillado a la silla.

En un momento Mabel perdió la paciencia, se veía venir.

—Bueno: papá, Antonio, los voy a tener que dejar, porque yo también mañana voy al pueblo con Marina. Tenemos que comprar bastantes cosas porque no quisimos traer mucho, para no cargar tanto peso en el auto prestado. Que terminen bien la noche. —Saludó a Antonio con un beso de mala gana, y Horacio con un abrazo.

—Nos vemos en cualquier momento, ahora que estamos cerca. Les debo unos cuantos vinos, y un regalo para la nena.

—No nos debés nada Antonio. Tené cuidado cuando vuelvas por el camino de tierra.

Yo estaba en la pieza de al lado con Lucía, le había pedido a Mabel si podía dormir con ella, me gustaba ver como un pequeño pedacito de mi Mabelita durmiendo al lado mío, y Lucía además estaba encantada con la idea, me dijo que nadie le contaba cuentos en “argentino” como yo. Me hacía leerle hasta quedarme sin voz, pero qué me importaba con tal de disfrutarla unos días. Porque ya sabía que la estadía iba a ser breve, después seguían viaje, y quién sabe hasta cuándo no las veíamos de nuevo.

Lucía se había dormido, así que me quedé un rato más pensando en todos estos años de distancia, en el abrazo que se había dado Mabel con Horacio, y en lo

raro que estaba Antonio, sumado a su borrachera, porque se le notaba que sobrio no estaba. En eso escuché que discutían Marina y Mabel, y me acerqué a la puerta para decirles que iban a despertar a Lucía. Esta vez no quise ser cómplice, ni fue Mabel la que me pidió que la cubra, fue sin querer, las escuché:

— ¡Ay Mabel por favor! Decime: ¿para qué te quedaste tanto rato con ese tipo? Tú ya sabés a qué vino, de verdad ¿tú piensas que vino de visita después de todo este tiempo? fuiste tú la que me dijo cómo te escapaste de él, y que al tiempo se fue de este lugar sin dejar rastros.

—Si ya sé que te dije eso Marina, pero me dio miedo, qué querías que hiciera que me levantara y viniera detrás de tuyo, para despreciarlo. Tenía miedo, además por suerte papá se equivocó en la edad de Lucía, porque si no... dale no seas tonta, vení dame un beso.

—No tengo ganas, andate a tu cama por favor. Qué increíble, señoras grandes ya, teniendo que dormir escondidas como dos adolescentes.

Yo ahí detrás en silencio absoluto, estaba paralizada con todo lo que escuchaba, pero no pude golpearles. A veces, aunque el presentimiento no sea bueno nos quedamos a esperar y ver qué pasa, es como si no se pudiera hacer otra cosa, otras veces lo buscamos, una y otra vez tomamos decisiones que nos llevan al peor camino. Estoy leyendo unos libros de Sigmund Freud, él lo llama pulsión de muerte luchando contra la pulsión de vida, a veces creo que Mabel lucha entre sus pulsiones, desde chica. Por eso es una tormenta que se arma y se desarma.

— ¿Y qué querías? No seas egoísta, escuchaste bien que mi papá estuvo mal, el cáncer lo dejó débil, cansado, y no fue fácil mi llegada. Al menos ahora pude reencontrarme con él. No puedo decir todo de golpe, y lo de Lucía no tienen que saberlo. A mí hija la tuve sola, así que no quiero que él se le acerque, ni que nadie se meta, y para eso nadie tiene que saber más de lo que sabe.

— ¿Sola? Yo le he dado todo mi amor, he ido a todos lados con vosotras desde que las conozco y tú me dices que la has tenido sola, sabes Mabel tú hablas de libertad, pero no sabes nada de eso, nos tienes prisioneras a Lucía y a mí. Pides demasiado y das muy poco.

—Te pido paciencia son unos días más y nos vamos, seguimos viaje. Yo pensaba decirles todo. Pero veo que mi papá está débil, no es el mismo que todo lo resistía.

—Mabel yo tampoco lo resisto todo. Y te aviso una cosa, sino quieres lío tenemos que irnos antes que Antonio vuelva de visita. Basta verle los ojos a Lucía y hacer números para que la cosa explote. Sé que acá todo es distinto como tú me dijiste, y se nota sí. Pero las historias así son iguales en todos lados, y una mentira tapada con más mentira no acaba bien en ningún sitio.

Lo único que pude hacer fue mirar a Lucía para que me trajera un poco de paz y pensé que ojalá Marina se equivoque y en este “sitio” las cosas acaben distintas.

Lucía nos seguía con la canasta, la señora Clara y yo juntábamos las frutas que ya estaban a punto de caerse de los árboles. La verdad ese día estaba en babia, no podía digerir todo lo que había tragado la noche anterior. Clara se dio cuenta, y empezó a preguntarme qué me pasaba, que por qué estaba así. Yo lógico que le dije que nada ¿qué podía decirle? Total, ya se iban, seguían viaje, y yo como siempre una tumba.

—Marcia ¿Vos sabés de quién es el padre de mi nieta no? Decime la verdad, es necesario saberlo, me enoja tanto que Mabel sea así, estoy segura de que ella no quiere decirlo por algo. Y estuve pensando, no pude pegar un ojo en toda la noche. Haciendo cuentas o se fue embarazada de Lucía, o quedó al poco tiempo de alguien de Buenos Aires, que vaya a saber quién es.

—No, cómo voy a saber yo.

—Es que creo que a vos no se te escapa nada, al menos no de Mabel, si fuera cualquiera de mis otras hijas preguntaría por otro lado, pero, tratándose de ella...

—No Clara, no sé nada. Se lo juro.

A lo lejos escuchamos los perros, las dos nos miramos, y le dijimos a Lucía que agarrara la canasta que después seguíamos más tarde. ¡Otra vez sopa! Antonio de desaparecer sin decir palabra, ahora venía todos los días. Supe al verlo que borracho sí, pero de tonto nada.

—Antonio, qué sorpresa verlo por acá de nuevo —dijo Clara.

—Señora Clara ¿cómo está? Y sí estando tan cerca, y anoche me tuve que ir a las apuradas, así que vine hoy porque lo prometido es deuda. Esto es para vos, bonita —Le dijo a Lucía, y le dio el paquete. Se ve que las flores eran para Mabel, que por cierto odia que corten las plantas.

—Antonio ¿otra vez por acá?

—Buen día Don Horacio. Sí, vine a traer unas cosas para la nena y para Mabel, como no me dijo cuándo se iban, por las dudas me vine.

—Ah Mabel justo está en el pueblo con su amiga. Acá mi nieta quiso quedarse y es tan buena como la madre para el campo. — Antonio asintió y quedó mirando a Lucía sin sacarle los ojos de encima.

—Ese juego me dijeron que es para nenas de tu edad, si no te gusta puedo traerte otro.

—Ay sí, qué palabras tan difíciles y eso que sé leer hace rato. Pero a veces no entiendo bien el idioma de acá. Y eso que leo mucho como mi madre me dice, cuando cumplí ocho me regaló algunos libros, ahora que tengo diez ¿puedo aprender argentino abuela?

—No Lucía, vos tenés nueve años mi amor —le dijo Horacio—.

—No abuelo yo tengo diez.

Cuando escuchó el auto Antonio se paró. Clara me agarró fuerte de un brazo, era la primera vez que sentía su fuerza. Tuve miedo, ya sabía lo que ella era capaz por sus hijas, pero no podía traicionar a Mabel.

—Marcia decime todo lo que sabés ya mismo. Necesito saber qué pasa, de qué me perdí anoche, Marcia es para proteger a mi hija y a mi nieta.

—No sé nada Clara, ya le dije. Anoche hablaron hasta lo que pude escuchar de Lucía, del presente de cada uno y esas cosas, hasta que Mabel se fue a dormir, y después al rato Antonio que ya estaba medio bebido se fue también.

— ¿Ah sí? ¿Y antes, qué pasó con Antonio? porque yo no soy tonta Marcia. Mi hija se fue, al otro día Antonio estaba lastimado, como ido, y Mabel no pisó el campo hasta el día de hoy.

—Mabel no pudo venir, sé lo mismo que usted. Y después cuando los militares ya en el poder ella decía que corría peligro si venía.

—Si ya lo sé a eso. Otra cosa que me quedó atragantada, ella era una trabajadora social, qué iban a hacerle yo eso no me lo creo.

—No creo que sea así señora, y si ella lo dijo por algo será, pero bueno ahora no importa, ya pasó.

—Importa todo, qué pasó entre Antonio y Mabel, decímelo, el padre de Lucía ¿es él?

—No lo sé Clara, mire si voy a saber quién es el padre.

—Listo, ya me lo dijiste todo. Ahora vas a venir conmigo y cuando llegue mi hija, me seguís la corriente por favor, creo que me a explotar la cabeza.

Pero no tuvimos mucho tiempo, a los dos segundos ya habían llegado y para cuando las vimos por la ventana y salimos corriendo, Antonio se nos adelantó. Horacio y Lucía estaban jugando al juego de mesa, pero Horacio ya sabía que algo pasaba.

— ¿Otra vez usted por acá señor? —Antonio ignoró por completo a Marina y fue derecho a Mabel.

— ¿Así que la nena no tiene padre?

—Antonio qué te pasa, qué hacés otra vez acá, no te parece demasiado. Estamos en familia, viniste anoche y ahora de nuevo.

—Usté no tiene cara, sinvergüenza.

—A mí no me tratás así en mi casa ¿estás loco?

Nosotras estábamos ahí atrás y a propósito le habíamos pedido a Horacio que entretuviera a la nena.

—Antonio retírese de mi casa por favor. Y no vuelva nunca más —Dijo Clara enfurecida.

—Esto no es con usted, bah o no sé, tal vez sí, tal vez como toda vieja de su clase sabe toda la verdad y también se piensa que soy un pelotudo, como su hija.

—De qué habla, deje de delirar ¡Váyase o lo saco yo misma! —Le dijo apuntándole con la escopeta de cazar, no supe en qué momento la consiguió, ni por dónde la sacó sin que Horacio la viera. Pero ahí estaba firme, defendiendo a su cría.

—Mamá qué hacéssss Mamá bajá eso te lo pido —Mabel estaba desesperada y Marina estaba inmóvil.

—Mire si quiere tirar tire, yo no me voy nada hasta que dejen de tomarme por idiota.

—Antonio calmate, esto es entre vos y yo. Nadie más. ¡Mamá bajá eso!

—Esto es entre ustedes y yo, querrás decir. Ah o no saben los patroncitos la nenita que tenían en el campo. ¿O por qué se creen que se fue?

—Mabel, decime qué pasa porque disparo.

—Pará Mamá, pará por favor, déjame hablar con él.

En eso salieron Horacio y Lucía, y fue ahí cuando vino lo peor. Clara se distrajo con el grito de Horacio y el llanto de la nena. Y ahí, Antonio de un empujón la tiró y le sacó la escopeta.

—No, no, por favor pará. Amor llévatela, llévatela por favor —Marina salió corriendo y le hizo upa a Lucía, llevándola para adentro.

— ¿Qué amor? ¿qué es esto Mabel? —dijo Horacio con la vena de la frente a punto de explotar.

—Malparida, hija de puta te voy a matar, a vos y a todos ustedes.

—Pará Antonio. Por favor hablemos, hablemos.

-Para quéeee, ella es mi hija ¿o no?

A esa altura yo agarraba a Clara que gritaba desesperada, Horacio no entendía nada, y se lo veía muy mal, no recuerdo bien con detalle, porque solo podía mirar a Mabel y el arma apuntándola. En un momento ni siquiera veía a ese desgraciado de porquería, solo veía a mí Mabelita.

-¡Mabel! hija qué es esto, por favor. —El llanto de Horacio debió haber retumbado en todos lados.

—Qué es se pregunta, qué es. Yo le voy a explicar: resulta que esta desgraciada, como sabrán ustedes, virgen no era cuando se fue de acá. ¿Quiere que le cuente más? Esa nena, su nietita es hija mía estoy seguro. ¿O no? ¿O no? Hablá. Hablá porque te mato acá nomás y los limpio a ellos también. Hago mierda todo y me llevo a la nena.

—Sí, por vos tuve a Lucía pedazo de mierda, por vos ¿te acordás? —Mabel no paraba de temblar, se apretaba los dedos mientras hablaba— yo iba a hablar con vos, confiaba en vos, y vos no dudaste eh, todavía siento el dolor en el cuerpo, y mira que te pregunté al otro día, que te di la oportunidad, pero no, voz tenías otros planes ¿no es así? Te salieron mal, basura, te salieron mal.

—Te equivocás en pensar así, yo tuve un error y un error lo tiene cualquiera. Lo tuyo es peor nos mentiste a todos. Ahora que sé que es mi hija, voy a reclamar por ella. Me corresponde.

—Callate, cállate, ¿querés? Perdón les pido perdón mamá, papá, Marcia, quería decírselos, pero no sabía cómo tenía miedo que a papá le hiciera mal, o

sufrieran por mis decisiones. Papá mírame, por favor, mírame a los ojos no me ignores. —Estaba desesperada, volvía a ser niña y tormenta librada a su suerte.

—Es tarde para perdones Mabel, mirá como estamos. No puedo creer lo que escucho, lo que veo. Nos ocultaste todo, toda tu vida es una mentira. Prefiero que me maten, antes que ver lo que sos, y ver todo lo que me ocultaste. Máteme desgraciado, y después mátese usted, porque si yo quedo vivo no la cuenta, hijo de puta.

—A quién va a matar, viejo de mierda, si no se puede mantener en pie. Lo odio, y siempre lo odié por eso me metí con ella. Pero este monstruo me enloqueció.

—Basta, Basta por favor, pensá en Lucía por favor.

—Ahora es tarde, te busqué por años, recorrí el país entero para decirte la verdad, cometí un error, porque estaba enamorado. Pero nunca me imaginé que tenía una hija, vos te equivocaste, ¡ahora hacete cargo!

—Me hago cargo, te pido perdón por no haberte buscado. Pero el odio que tenía por lo que me hiciste fue mayor. Tuve miedo por mí y por Lucía.

—Yo te amaba.

—Ya lo sé, yo te quería también Antonio, hasta esa noche.

—Esa es la diferencia: vos me querías y yo te amaba. Seguro te revolcabas vaya a saber con quiénes, degenerada. Asco me das ¿entendés eso? Ahora el que te odia soy yo ¿Me escuchás?

En ese momento Antonio se enloqueció de nuevo y empezó a apuntar a todos. Yo sabía que Mabel estaba fingiendo en todo lo que le decía para que nos dejara ir. Y sabía también que algo planeaba al quedarse sola con él, sabiendo que podía salir bien o mal. No alcancé a pensar mucho más cuando escuché los gritos.

—¡Noo nooo, Antonio pará!

—Siiii primero va ella, porque te protegió siempre. Vos vieja zorra, que me viste golpeado ese día y no hiciste nada.

Recuerdo el sonido del disparo y nada más. No tuve registro de lo que pasaba en mi cuerpo. Antonio sabía tirar, no tiró a matarnos. Tiró para que la bala le llegara al corazón de Mabel. Pero no solo llegó a Mabel, sino que la bala rozó mi cadera, y llegó hasta Clara.

—Mamá, Marcia, ¡no por favor!

Vinieron corriendo y Mabel me agarró a mí para cortar la hemorragia, y Horacio a Clara, llorando desgarrados se miraban con su hija. Otra vez los espejos.

—Sorete, mal nacido. ¡Te voy a matar, te voy a matar, de acá no salís vivo! ¡Te lo aseguro! —Horacio era capaz de cualquier cosa por Clara. Ella estaba peor que yo, no quedaba mucho tiempo, vi que estaba perdiendo demasiada sangre.

—Yo me quedé sin mi hija, vos te quedás sin tus madres. ¿Yes, sentís ahora el dolor? Vas a estar muerta en vida. Mirá lo que me hiciste hacer.

Antonio miraba confundido, y Mabel lloraba y gritaba arriba mío, Mientras Horacio apretaba la sangre y la herida de bala en la panza de Clara. No gritaba, era como si estuviera aullando. Lo de Antonio no era nuevo, ni había sido Mabel su problema. Antonio siempre fue eso, una porquería, desde antes de aquella maldita noche en que Mabel se fue.

Lo último que escuché fue a Clara despidiéndose, yo la miré y le sonreí como quién dice: “*dame la mano voy con vos*”. Y en eso, con diferencia de unos segundos escucho los tres tiros que retumban. Antonio cayó al piso y ahí quedó, y casi al mismo tiempo se escucharon las sirenas.

El destino cambió de cara después de treinta años. Marina ese día tuvo las fuerzas de un tornado, y antes que Antonio arrasase con todo, incluso con su propia hija, ella hizo de la desesperación su estrategia.

Primero de enero

Hacía mucho calor, eso sí recuerdo, y si no me equivoco mamá andaba descalza ¿o se habrá descalzado antes de entrar? En ese momento vivíamos en el departamento de Maipú, un departamento chico, donde nació mi hermano y más

tarde mi hermana. En ese momento mis viejos, intentaban estar juntos o eso me parecía, mi hermano era un bebé. Era primero de enero, supongo que por eso papá estaba en casa y todo era tan raro. Y el calor se te metía adentro, junto con el miedo, y el murmullo y cortaban el aire.

Estábamos los cuatro en la vereda, y yo no entendía bien qué había pasado. Siempre fui de preguntar mucho. Pero había algo en la cara de papá, ese gesto de ojos caídos que me dejaba callada, y no me animaba a preguntar. Hasta que tomé aire y pude:

—¿Qué pasó?

—Mataron a una nena, y la encontró la gente en las vías del tren —Dijo mamá con los ojos llorosos.

—Vamos, vamos adentro, es peligroso estar acá — Dijo papá, esperando que pasemos.

Entramos, y ellos se abrazaron y me miraron. Lo recuerdo claro, es una imagen fija que me sigue a través del tiempo. Como si esa fuese una de las últimas imágenes que recuerdo de mi familia de ese entonces, mis viejos abrazados, protegiéndonos. Cuatro años tenía en ese momento, y todavía viene conmigo esa imagen, cuando algo grave pasa, recuerdo esas miradas. A veces en las marchas. Acá en La Plata, vuelvo a ver esos ojos multiplicados, y otros llenos de furia. Porque como ese día de calor, el miedo y la furia no se detienen. Las niñas estarán preguntándose qué pasa, y los padres con ojos caídos, y las madres con la voz rota, con un aire que no corre, que queda arremolinado en la garganta, hasta salir en una lagrima, contestarán que mataron a una niña, y llorarán, o saldrán a gritar al mundo la injusticia.

A Nair Mustafá la encontraron asesinada y violada en las vías del tren roca, en Tres Arroyos. Los vecinos habían salido a buscarla, convocados por su mamá que habló en la radio del lugar. La policía se había negado a buscarla porque eran los festejos de primero de año. Hay rostros, cuerpos y formas que no cambian nunca.

El único lugar en toda la ciudad donde se celebró el año nuevo en todo Tres Arroyos, fue allí, en la comisaría. La furia nos mueve a veces, y fue eso mismo lo que movilizó al pueblo que no tenía nada que festejar, y que quería justicia. Hasta el lugar llegaron los medios, las gente ajena, y el gobernador Cafiero diciendo que iba a ver justicia, que nadie iba a descansar hasta que encontraran al culpable. Todo eso lo leí más tarde, y pienso cuántos descansaron en su libertad incluso en sus mentiras.

Nueve años tenía Nair, todavía tengo grabada su cara de verla replicada: ojos claros, pelo lacio, color castaño, pecas llenándole la cara de color y de inocencia, dientes perfectos, como dicen por allá “la niña bonita”. Ella salió de su casa para ir a la pileta de natación, eran diez cuadras, salió sola caminando al sol. Pero alguien se apropió de su cuerpo, de su vida, y con ella se llevó la inocencia de todas las niñas y los niños que mirábamos a nuestros papás ese verano preguntando ¿qué pasó?

En el trayecto de su casa a la pileta Nahir desapareció. Eran diez cuadras, a la hora de la siesta, en el pueblo donde nunca pasaba nada. Pero en su camino alguien se cruzó, y nos dejó la muerte en la palma de la mano para siempre.

¿Pero qué es lo que le pasó? Seguía yo al otro día. Y mamá, que en ese tiempo lloraba la injusticia a través de las noticias en la tele, me decía: no te puedo contar todo, hija, sos muy chica todavía. Pero en casa había televisor, y los vecinos, la gente con la sangre revolucionada, siempre habla, siempre grita. Una niña faltaba, y ¿quién podía ser la próxima? Ese era el temor, todas éramos la niña encontrada en la vía del tren. Cuando las aguas se ponen revoltosas, se diluye esa esperanza de calma aparente. Del sifón en la puerta, con la plata abajo esperando al sodero; de correr solos las pocas cuadras que hay hasta la escuela; de ir y quedarse un rato con los dueños del almacén de enfrente sin que nadie nos mire; de preocuparse en definitiva por vivir la vida, haciendo de lo cotidiano nuestra historia. Cuando algo así pasa, lo cotidiano se desdibuja, se altera, se modifica, aunque pasado un tiempo parezca igual, las aguas se han revuelto, y son otras, aunque a nuestros ojos estén ahí, siempre en el mismo lugar.

Cuando fui creciendo, aprendí que, por ser mujer, vivir sola y lejos de mi ciudad, debía cuidarme más. Desconfía me dijeron, y no lo cumplí. Confiada para poder habitar mis nuevos pedazos de mundo, me encontré con que las aguas se movían en todos lados. Pero que había algo que no cambiaba: los cuerpos inertes eran de mujeres, niñas, y niños. Ese caer en cuenta, fue el principio del fin de la que fui. A veces la memoria reprime, separa, cambia, todo eso que una vez ocurrió. La mía había guardado en una caja, dentro de otra caja, y dentro de otra, lo que había pasado ese 1º de enero de 1990. Pero un día, vi la foto en internet, o una nota, de algún periodista porteño que describía la ciudad (mi ciudad) de una forma extranjera, extraña, sensacionalista. Volvió a mí Nair, volvió a mí la niña, volvió a mí la mirada de mamá, y la cara de papá, volvió también la sensación de peligro, de fuego calor y ruido. Pero, más que nada se abrió esa caja, y la sensación de injusticia, de un cuerpo muerto entre las vías del tren, una niña violada y estrangulada, que se fue una tarde a la pileta caminando al sol, con su mallita puesta, a la hora de la siesta, en ese lugar del mundo donde nunca pasaba nada, y los culpables nunca existieron.

La cara de Nair sigue estando presente entre todos los del pueblo, perpetua condena de aquel verano. Y todavía tengo clavados los ojos caídos de papá y el recuerdo del miedo y el calor metiéndoseme adentro.

La vecina de abajo

No sé por qué ella siempre grita y grita, la escuchamos a cada rato. Por ejemplo, dice primero en un tono normal: “Alcanzame la pala”, y no pasan ni dos segundos que arranca ya subiendo el tono y al grito de “Sos sordo o boludo” “¿no me escuchás? Me tienen harta” y así todos los días. No descansa nunca. Antes, la cosa era distinta, se los escuchaba reírse, estar con amigos, ir y venir, que sé yo, discusiones cotidianas, pero en otro tono. Pero desde que fue madre, con cada nacimiento, la cosa fue empeorando.

Los chicos no le dicen nada obvio, ellos están en otra, y se cagan de risa. Les sirve para alegrar que eso es la familia, que así funciona el casamiento, que para qué complicarse la vida así. Y compadecen al marido, porque dicen que tiene una pinta de bueno tremenda, y además porque es cierto que en las discusiones él nunca eleva el tono, y siempre trata de calmar la cosa. Pero ella se prende fuego. Y arrasa, los quema. Los nenes son dos seguiditos, y ahora la beba. El más grande ya contesta, “Bueno mamá”, “Ya va mamá” y por allá se siente que llora con algún “idiota”, o un “dale apurate” a los gritos. Eso sí que me parte al medio. La verdad que hasta que no la vi por primera vez, yo también me prendía con los pibes y hacía caras, o decía uhhh esta flaca está re loca. Pero cuando la vi, algo pasó.

Mientras los pibes seguían en la de ellos: fiesta, juntada, truco, cuidar las plantas para que den buenas flores, armar teorías sobre el capitalismo, pasando de temas profundos, o pensar quiénes eran esas figuras inesperadas que podían salvar a la humanidad, o comérsela entera. Cada uno con su manera, todos caíamos en esa y nos encantaba.

Pero el vecino no se quejaba nunca, y su ¿mujer? (Que antigüedad el término pienso entre mí) tampoco. Eso era lo que más me llamaba la atención. Uno imagina que alguien que tiene la capacidad de tratar tan mal a su familia, con el resto de la humanidad la cosa es peor. Pero no, no era así.

Un día los pibes le preguntaron a Darío si los jodían mucho a la noche. Porque nunca eran pocos, y si eran pocos igual sonaban a muchos. Y les dijo que no, que lo único que le jodía era cuando arrastraban las sillas. Así que ellos, buenos vecinos,

metían quince, veinte personas todos los días. Pero levantaban las sillas cada vez que se sentaban. Ya era sabido, era regla. Nadie quería molestar a Darío, pero en especial, nadie quería que Violeta subiera a decirles algo.

Y sí, qué querés que te diga, hoy me siento mal solo de pensarlo, pero en ese momento era más piba, estaba en otra. Yo también tiré un “uy que histérica” cuando la escuché gritar. Y ahí arrancaba la charla... No sé para qué tienen hijos, decía yo, levantando el dedito acusatorio. Qué tiempos, cuánto nos faltaba, amiga.

—Sí, pero que gracioso. Me veo ahí, yo también soy esa.

—Todas fuimos o seremos esa. Madres, tías, niñeras, cuidadoras. Todas lo fuimos.

—Y ellos. ¿Ellos cómo lo sienten?

—Por ejemplo, Seba no habla. Después que pasa algo así, se queda mudo. Y si está en un horario permitido, se pone a tocar la batería, que parece que la va a romper. Creo que sus monstruos se van resbalando por los platillos.

—¿Y los tuyos?

—Y los míos se van acá, entre un mate y una birra con vos. O tal vez con el agua de una ducha de más de cinco minutos. Tengo una táctica.

—¿Cuál es? Por ejemplo, mi vieja se metía en la bañera, y cuando le golpeábamos la puerta alguno de los tres, decía déjenme de joder, aguántense.

—Jajaja, una genia tú vieja.

—No tanto, porque mi hermana nunca se aguantaba. Tenía como una obsesión con pasar al baño cuando había alguien más adentro.

—Bueno, pero cuál es tu técnica

—Si está Sebas en casa, me meto, abro el agua hasta que hierva, casi casi que me pele la piel. Ahí entro y pongo música, para no escuchar a Dante pedir y a Sebas ignorarlo. Y ahí en los tonos altos, lloro, lloro como una desgraciada. Al menos una vez a la semana lo hago, y ahí también como con los platillos de Sebas todo se va

escurriendo. Los mamáaaa-mamiiii repetidos, el destete, los reproches del mundo por lo que soy como madre, la mujer que dejo de lado, y también algunos deseos.

— Y sí amiga, veamos el lado bueno, en 2009- 2010 no existía wasap, y esta pobre mina con tres pibes y un marido adormecido. Ahora por lo menos cuando desbordás mandás un audio, y clavás a Dante en una videollamada, y respirás dos minutos. ¿O no? Estamos mejor.

—No sé, puede ser —Sole siguió cortando el jazmín. Pero sé que después de contar lo de la ducha, seguro tuvo ganas de llorar. Hasta yo sentí el agua hirviendo, pelándome la piel. Y no tengo hija ni hijo, pero anduve prestando brazos, tiempo, y paciencia a niños ajenos... yo también casi lloro. Solo que, en vez de hacerme la boluda en el jazmín, me quedé ahí en la mesita, le di una pitada larga al pucho, y de un sorbo bajé media birra.

Un domingo salía de resaca a comprar algo para comer. Digamos para nosotros era medio día, aunque para el resto del mundo el sol ya estaba para ir a la plaza, o hacer las nadas que se hacen los domingos. Esas nadas que yo hago ahora, generalmente sin resaca, salvo contadas excepciones, y por muchos menos vasos que a los veinte. Los pibes estaban peor que yo, pero con más hambre. Así que me hice la copada, y les dije si querían cocinaba. Aplaudieron, nos reímos, y salí a comprar. Con Pablo en ese entonces no estábamos juntos, habíamos sido novios, y nos habíamos dejado. Éramos en ese momento los ex que siempre estaban por volver o por dejarse para siempre, según el día y el contexto. Sebas era mi amigo, pero más amigo de Pablo, y ahí no tenía batería, aunque ya tocaba. La diferencia era que no había fantasmas, y si los había eran otros, estoy segura.

Salí, ojeras hasta el piso, pelo alborotado, pero con la felicidad que había dejado el sábado. Tenía poca plata, y había prometido pastas y un vino, para terminar de rematar nuestros hígados, y el domingo. Compré todo, en el almacén ese que siempre me miraban por arriba del hombro. Sabían que no era del barrio, y sabían también por qué andaba por ahí. Eso me molestaba, siempre le hablaba poco y cortante al almacenero, que se caía de boludo. En ese entonces cada vez

que iba pensaba: este gil, ojalá esta chica te deje, y tengas que pagar empleado y cargas sociales.

Esa fue la primera vez que la vi. Yo venía con todas las cosas en la mano, porque el del almacén no me daba bolsas y yo nunca llevaba. Ella salía, sus tres hijos ahí. El más grande debería tener seis, el otro unos tres o cuatro años, y la beba apenas unos meses.

—Hola, cómo estás— Me dijo, medio mirando para todos lados.

—Hola, bien y vos— Miré al más grande como por instinto, él era el que más recibía sus gritos, y él que más contestaba. Yo creía, con miedo, que de vez en cuando recibía un bife—

El del medio se vino encima mío, me saludó y me dijo que se llamaba Juan. Ya me daba vergüenza ser tan mala onda, y total las ojeras ya me las había visto. Siempre tuve un imán para los niños, no sé bien qué es lo que ven en mí, pero me rodean, me buscan, me cuentan. Y cuando me quiero acordar ya me encariñé.

—¿Se van de paseo? — Le dije haciéndome la simpática.

—No, es que mi marido se llevó las dos llaves, las mías y las de él. Y está en Berisso, así que hasta que vuelva...

—Uy no te puedo creer. ¿No quieren subir? —Se lo dije esperando que dijera que no, porque el olor a bar que había en la casa no era muy hogareño para los nenes.

—No, no te preocupes esperamos acá

—Esperame que ya vuelvo.

Subí rápido y les dije: “vayan haciendo la salsa, en un rato vuelvo”. Los pibes me miraron sin entender mucho. Voy a hacerles compañía, tiene los dos más grandes corriendo ahí, y la beba a upa, sin cochecito. Le llevo mate, y este jugo horrendo a los nenes. Se me cagaron de risa, y me dijeron que estaba loca.

Cuando bajé, ella andaba corriendo a los dos nenes por la vereda. Me senté en el escalón, cebé el primer mate, y le pregunté si podían tomar ese jugo horrendo. Me dijo que sí, que con tal de que se calmen cualquier cosa.

—Vengan, tomen. — les dije, y ellos no paraban de gritar re contentos—

—Cómo te llamás- —le pregunté cuando le di el mate

—Violeta.

—Luz — le dije sonriendo— .

Como yo estaba sentada y ella parada, le dije de tener a upa la beba, que se llamaba Blanca, hicimos chistes sobre la combinación de nuestros nombres. Y empezó a contarme lo que había deseado esa niña. Y al mismo tiempo, todo el dolor que había pasado en el medio. Como al pasar me dijo que ya no podía trabajar, que antes de Matías y Juan, ella se dedicaba al Diseño Gráfico, pero que ahora ya no tenía tiempo para pensar, ni para ponerse a probar proyectos. Y los lugares que alguna vez la tuvieron en cuenta, ahora tomaban chicas más jóvenes y sin “paquetes”. Le respondí que yo era más grande de lo que ella pensaba, ya cumplía veinticinco, y eso para mí era demasiado.

Intenté ser cuidadosa, le dije que podía aprender a trabajar sola, autogestionarse. Que lo que necesitaba era un refugio. Un refugio donde aislarse por un momento, un salvavidas para ella. Le conté que conocía algunos espacios en los que podría trabajar pagando por hora, o también dando talleres, al menos al enseñar su profesión, podría ganar unos pesos. Me miró sonriendo, pero con tristeza. Me dijo que no sabía si Javi iba a estar de acuerdo, porque trabajaba mucho, y no podían pagar niñera. En ese momento yo trabajaba como moza de un bar en el que me pagaban dos mangos. Y buscaba sumar algo de pocas horas, así que le propuse que si llegaban a coincidirnos los horarios podíamos llegar a algún arreglo. Rodeadas de sus tres hijos, nos miramos sonriendo.

—Te juro que no le dije nada.

— ¡Dale! — Me decían los chicos que no me creían.

— No le dije nada, le cebé mate y estuvimos charlando. Solo le dije lo que pensaba, y cómo podía escapar un poco de esa maternidad.

—Pero ¿cómo le dijiste eso? No lo conocías... sos terrible. Pero posta que ya no grita tanto, y no se putean más con el chabón.

—Será porque está menos en la casa, ya lo van a entender, quizá algún día.

Cuando bajé a comprar para el mate, ella venía por la esquina, me gritó, y cuando nos acercamos me abrazó fuerte. Yo quedé intimidada, con los brazos colgando, mientras ella me apretaba tanto como una madre.

Tanteó el bolso que estaba repleto, y me dijo: “¡¡Uy no, me olvidé las llaves!!” nos tentamos. Le dije que sí, que la acompañaba a tomar algún jugo a otro lado. En el medio de eso, Javi le mandó un mensaje, detallando el mal humor de Juan, los pedidos de Mati para la escuela, y los balbuceos de Blanquita.

—No le voy a contestar, que se arregle. Tengo algo que mostrarte.

Creó un logo y una página Web, y necesitaba quien le hiciera las fotos para sus clientes. Me preguntó si estaba dispuesta a trabajar los domingos, o cuando sus chicos estuvieran durmiendo. Le dije que sí, porque ella ya no gritaba más, y la escuchaba putear mucho menos.

—Arrancamos mañana me dijo.

—Dale llevo mate.

Ese fue el comienzo del proyecto con Violeta, y aprendí, querida amiga, que cada maternidad tiene su tiempo, y también sus fantasmas. Cada una los espanta como puede. Trabajar de noche era para ella lo que a vos tu ducha, o a Sebas los platillos ¿Entendés?

—Si entiendo, pero vos no tenés tantos fantasmas Luz, vivís como querés, tenés tus horarios, tu cámara, tus logros.

—Te equivocás, tengo tantos que no hay ducha que alcance, y no toco la batería...

—Pero al final Violeta te hizo crecer ¿o no?

—No, yo ya había crecido, por eso le ofrecí todo lo que tenía. Violeta me hizo creer. Pero todavía tengo miedo de no encontrar cómo ahuyentar los fantasmas.

—Sos vos mismas Luchi. Te aseguro que siempre el instrumento ahuyenta fantasmas, es tu propio deseo. No lo busques afuera. ¡Ey! ¿me estás escuchando? Que colgada que estás hoy, en qué te quedaste pensando.

—En eso que me decís, en qué voy a pensar si no.

—No sé, decime vos. Luz, ¿qué te pasa estás llorando?

—Mirá —Le dije abriendo la cartera.

—¡Ay Luchi! ¿por eso sacaste el tema? —Me abrazó, y lloré un poco antes de salir para el baño.

Como mi obsesión nunca me deja en paz, mientras esperaba que pase el tiempo, y leía una y otra vez las instrucciones del test, le dije a Marti que fuera a ver el resultado ella. Yo no podía, estaba pensando en que nunca quería ser la vecina de abajo.

Un pacto

Mi prima era chica, la verdad que mucho vínculo no teníamos, pero la quería, yo creo que ella también. Nos veíamos poco, porque yo iba a la casa de la abuela solo cuando me tocaba estar con papá, y eso era cada tanto. Así que cuando coincidíamos nos veíamos ahí. Ella es más chica, nos llevamos cuatro meses, en ese momento teníamos trece o catorce, no me acuerdo bien. Pero siempre que iba a lo de la abuela nos divertíamos, nada del otro mundo, pero hacíamos cosas que yo en casa con mamá y mis hermanos no hacíamos, como bañarnos en la pileta con lo que tuviéramos puesto, o andar solos de noche por el barrio, o en patas por la calle, y también cuidar a sus hermanas, y a mis otros primos. Y obvio quedaba establecido con el viejo de todo esto: ni una palabra a tu madre. Eso habíamos pactado, después de tantos años de estar distanciados sentía que empezábamos a llevarnos bien. Era como un pacto de hombre a hombre, eso me decía él.

Papá trabajaba mucho en ese momento, y cuando no trabajaba salía o estaba con su novia, era joven todavía y quería disfrutar, eso decía. Entonces casi siempre me tocaba estar con la abuela, mis tías y mis primos. Ellos eran como un clan, se movían pegados. Yo siempre era un poco ese chico extraño que ves pasar y te genera extrañeza, pero solo lo mirás de lejos. Eso sentía con mi familia, y creo que tanto no me equivocaba. Es difícil intentar ser parte de algo donde no hay espacio, tenés que filtrarte de a poco, buscar el momento, ser cuidadoso, o con suerte alguien te da una mano y lo lográs. Así pude entrar yo, no fue casualidad, yo me lo había propuesto, porque casi que al viejo no lo veía, después que me pasaba a buscar por casa comíamos algo, conversábamos de cosas comunes, la escuela, la casa, mis hermanos, mamá, o alguna serie de moda y nada más. Si le preguntaban a papá cuál serie era mi serie favorita, o mi comida preferida, o quién me hacía caer en todos los recreos de la escuela cuando era más chico, papá nunca hubiera sabido responder. Pero no importa, yo lo aceptaba así, y el pacto era que mamá no se enterara de nada de lo que pasaba cuando yo me iba con él. Salvo las cosas de rutina, es decir: hasta el almuerzo. Mamá mucho no me creía, y me indagaba cada vez que volvía, me olía, ponía toda la ropa para lavar, me ojeaba entero y no decía

más nada. Durante las semanas que estaba en casa sin la presencia de papá, mamá estaba calma -o, mejor dicho- como todos los días. Pero en cuanto se acercaba el día de irme con el viejo, ella cambiaba por completo. Se ponía distante, intranquila, empezaba a dejarme a mano los pantalones mas rotos que tenía, y las remeras y buzos que no me gustaban. Las zapatillas no, porque no tenía muchos pares, eso lo elegía yo. Cuando papá llegaba tocaba bocina desde el auto dos o tres veces, yo agarraba la mochila y salía. Me despedía de todos, y a lo último de mamá:

—Chau mami, nos vemos pasado mañana.

—Chau cuídate, y no comas como bestia, como comen en lo de tu padre. Cuidá la ropa por favor.

Cada vez que me iba se repetía la misma escena y la misma frase, era la repetición de mi vida, o al menos lo que pasó de mis diez a mis quince años más o menos... pero no me preocupaba ya me había habituado, y la verdad que salir un poco de mi casa para ir a lo de mi abuela, había empezado a gustarme, aunque hubieron diferentes etapas.

Hacía mucho calor y habíamos estado todos juntos jugando a la guerra de agua, aunque el carnaval ya había pasado, nos habían dejado jugar para que no estuviéramos jodiendo adentro. A veces cuando estábamos todos juntos creo que no nos soportaban. Éramos bastantes y hacíamos un quilombo terrible. Jazmín siempre fue más madura que yo, a pesar de que solo nos llevábamos unos meses, yo creo que era la crianza, porque a ella la tenían de acá para allá todo el tiempo: hacé esto, hacé aquello, mirá tus hermanas, andá a buscarle esto otro a tu hermano, agarrá el auto y fijate (aunque no tenía registro), y así. Yo me sentía un poco boludo la verdad, porque no sabía ni podía hacer la mitad de las cosas que hacía ella, y Jaz se me burlaba por eso, pero no me miraba con extrañeza. Eso era lo que me daba confianza en ella. También físicamente parecía más grande, pelo oscuro largo y lacio, ojos negros, la piel morocha, y unas piernas que no terminaban nunca. Yo en cambio flaco, desgarbado, ni barba me crecía, apenas un bigote negro del que todo el mundo se me burlaba. Por eso me afeitaba, para ver si podía yo

también parecer más grande o hacer que me crezca pelo en la cara. Quería ser un hombre.

La dinámica en la casa de mi abuela era así: ella mandaba a todos, y a ella la mandaba mi abuelo cuando llegaba de sus viajes. Mis tres tías mandaban a todos sus hijos y a mí también, porque mi viejo no estaba nunca. A papá lo respetaban más, aunque cuando se iba yo escuchaba cómo hablaban de él, yo sabía que a su novia no la querían nada, pero ni me metía, ya suficiente con responderle preguntas a mamá. Pero en el medio de eso, yo siempre buscaba la fisura para ser uno más del clan, y entonces no cuidaba la ropa, comía cualquier cosa, y hablaba de una vida que no tenía, contaba sucesos de otros, poniéndome como protagonista, cambiaba los finales de las respuestas a mamá, es decir, me hacía para caer más simpático. Jazmín siempre me daba una mano en todo lo que podía, pero a veces me desafiaba porque se daba cuenta de que no todo lo que yo decía era cierto. Yo no mentía con intención de hacer mal a nadie, les juro. Pero era mi manera de meterme entre las fisuras, a pesar de que sabía que esos pequeños espacios de luz podían ahogarme. Tarde o temprano la mentira aparece, o el personaje te come, pero en ese momento tenía otras cosas que pensar. Y sobre todo tenía otra vez a mi viejo cerca, después de tantos años de ausencia.

Ese día como los baldes no alcanzaban para tanto niño jugando, a Jaz la mandaron a comprar bombuchas. Ella protestó, pero como nadie más se movía, agarró plata y salió para el almacén. Yo no la quise acompañar porque estaba empapado y me habían escondido las zapatillas.

—Mariano ¿Y Jazmín dónde está?

—No sé, todavía no volvió, fue a comprar al almacén.

—Uy esa chica, espero que vuelva rápido me tiene que ayudar a preparar los panqueques para la cena.

—Yo te puedo ir ayudando tía si querés.

—No creo que sepas hacer panqueques —dijo con una risita que me molestó.

Yo ya había empezado a preocuparme, porque pasaba el rato y Jazmín no aparecía, pero además nadie preguntaba por ella. Si en casa alguno de nosotros tardaba más de veinte minutos, mi vieja ya salía a buscarnos pensando en dar aviso a la policía, los bomberos, y todo el barrio. Pero acá todos seguían como si nada: uno miraba tele, la abuela se hacía las uñas, mis tías pensaban que más comprar, y mis primos seguían tirándose baldazos de agua por la cabeza, ya la guerra de agua se había puesto densa.

En eso escucho la puerta que suena con todo. Miro, y era Jazmín, que pasó derecho al baño. Cuando mi tía Ana la vio, le recordó que los panqueques no se hacían solos, y le sumó a eso que ya no necesitaban las bombuchas porque hasta los nenes se habían cansado de esperar. Todo eso lo dijo mirando a la puerta del baño. Yo pensé en ese momento que Jazmín iba a abrir, decir algo con cara de enojada y volver a cerrar de un portazo. Pero no, silencio total. Mi tía como ya había dicho lo que tenía que decir, pegó media vuelta, agarró la billetera y dijo que se iba a comprar panqueques ya hechos, porque no tenía ganas de cocinar con ese calor. En realidad, la que se notaba que no tenía ganas ni de cocinar ni de contestarle era Jazmín. Y Ana se dio cuenta, por eso se fue sin decirle nada más. Yo estuve un rato largo sentado, pero como ella no salía, me fui a la vereda solo. Después del portazo el aire se había puesto raro, y ya estábamos todos cansados. Esa noche no salimos a caminar descalzos.

No sé por qué, pero me acordé de mamá, cuando decía todo eso de papá, de los descuidos, de la ropa de las zapatillas. Un poco extrañé en ese momento a Tomás y a Santiago, y pensé en que ellos tampoco querían venir (como yo cuando tenía su edad) `pero ahora todo era distinto. Y yo cada vez más grande, ya podía decidir, y hacer pactos con mi viejo.

—Qué hacés acá solo

—Nada, estaba tomando aire ¿Y vos a dónde fuiste que tardaste tanto?

—A comprar las bombuchas al almacén.

— ¿Y a dónde más? Porque tardaste más de una hora.

—A ningún lado más—Dijo y se quedó callada mirando a la nada. Después de eso se levantó y se fue de nuevo.

—No, mamá no pasó nada, es solo que no tengo ganas de ir, estoy cansado de hacer siempre lo mismo y me aburro. Cuando llame papá pásame el teléfono a mí y yo le digo. No, no es tanto lío mamá, no te pongas así. Y bueno ¿qué querés que te diga? Llamalo, sos vos la que no quiere hablar con él, papá no tiene ningún problema me dijo.

Me molestaba mucho que tarde o temprano tuviera que decirle todo. Mamá se sentía un apéndice mío. Y eso me llevaba a refugiarme en papá, yo sabía todo lo que le molestaba, y aunque no lo hacía solo por eso, eso era una gran cosa. Cuanto más me acercaba a papá, más me distanciaba de ella. Y eso me daba aire, y calma. Pero esta vez era diferente, me hubiera gustado contarle, pero necesitaba tiempo y paciencia, y eso era justo lo que mamá no tenía para darme. Yo le dije que lo llame porque sabía que no iba a hacerlo, su orgullo era más grande.

Pasaron varias semanas hasta que mi viejo me preguntó qué me pasaba, le respondí que nada. Pero él insistió, y como mamá, él tampoco me dio tiempo, y me hizo faltar el aire. Empezó a hablarme de ser responsable, de no lastimar a las personas, de que estaban “todos” preguntando por mí, y aunque seguro que él no se sentía una continuidad mía, ni yo tampoco de él, sabía bien cómo hacerme volver a la rutina del clan. No le tomé al pie de la letra sus palabras, y de paso le dije que me aburría bastante con lo que hacíamos, y que si iba a lo de la abuela quería que él también estuviera presente, aunque sea un rato, y si no, ir a su casa. Se quedó sin palabras mirándome. Cuando volvió a hablar me dijo que Jazmín estaba rara, y que todos preguntaban por qué, a ver si yo sabía algo.

Papá entró conmigo, se puso a tomar mate, hacía chistes, y se lo festejaban. La abuela le pidió que a la noche hiciera un asado y no se negó, pero me di cuenta por la forma que dijo sí, bueno, que no le sobraban ganas. El recuerdo de todo eso

es claro, porque ahí fue cuando pasó todo. La felicidad de estar juntos, de haberme podido filtrar por las fisuras no perduró en el tiempo.

Después de terminar de comer me fui a la vereda, para ver si Jazmín se daba cuenta y venía conmigo, para que pudiera contarme qué era lo que le pasaba, y saber cómo había estado todas esas semanas, o si realmente había extrañado verme, quería saber si lo que el viejo decía era verdad o no. Y a ella la conocía más que al resto, con solo mirarla iba a poder saber. Jazmín vino al rato, se sentó al lado mío, mirando a la nada, como la última vez que nos habíamos visto. Yo le sacaba tema, pero apenas sonreía, y cuando intentaba mirarla me esquivaba. No pude aguantarme y le dije:

—¿Te pasa algo, prima? Papá me estuvo preguntado si sabía que te pasaba, pero obvio que le dije que no.

—Mariano ¿por qué dejaste de venir tantas semanas?

—Porque quería que mi viejo cambie, que me dé mas bola. Antes cuando no lo veía no me importaba, o al menos no pensaba en eso. Pero desde que empecé a verlo hace unos años y a venir acá, siempre cada quince días, ahora sí me importa. Y él acá no está nunca. Me encanta venir, pero porque estás vos... y como vos estabas así, medio rara, me quedé en mi casa.

Se largó a llorar con llanto ruidoso, mocos, manos temblorosas. Me agarró de improviso, y no supe qué hacer. La abracé con miedo, y ella se dejó abrazar, como descansando en mí. Todavía siento el olor a bronceador que tenía ese día, mezclado con un perfume dulce entre el pelo y los hombros.

—¿Qué hacés? ¿Estás loco? —Me quede mirándola desorientado.

—Esperá, esperá, por favor no te vayas. —Le dije mientras la agarraba del brazo y la arrastraba más para la esquina. No quería que nos interrumpieran, si salían a la vereda.

Jazmín no paraba de llorar, y ahora me pegaba con fuerza, no era un juego, no eran los manotazos de siempre, o el trapo mojado en la pileta, o la palmada

detrás de la cabeza cuando teníamos diez u once. Ahora eran golpes de verdad, y ya casi cumplíamos quince los dos.

—Es que pensé que te pasaba lo mismo. Perdón, perdóname, no digas nada por favor, solo decime por qué llorás. Solo quería cuidarte— se lo dije ya llorando.

—¿Perdón? ¿perdón? sos un asco, sos igual a todos. Se va a enterar todo el mundo, déjame salir, déjame en paz. —Dijo eso ya cayéndose al piso y ahí tuve más fuerza que ella.

—Decime lo que me ibas a decir, contame por favor. No, no grites, no te suelto nada, me confundí como le puede pasar a cualquiera, por favor decime qué te pasa, quién te hizo mal.

No se podía zafar porque ella era más alta, pero yo había aprendido un gancho para defenderme en la escuela, y lo tuve que usar con ella. Traté de cuidar mi ropa para que mamá no me rompa las pelotas, pero la de ella se rompió, se le salieron algunos botones, y encima tenía puesta una campera de jean blanca, quedó hecha bolsa, toda embarrada.

Cuando me enteré que estaba internada otra vez me vino esa sensación: su perfume, el olor a bronceador, su pelo, los hombros, la falta de aire. Papá me pidió que fuera a verla, que lo habían pedido la tía Ana y mi abuela. Me lo rogaba. Creían ellos que solo a mí podía escucharme.

—Pero no papá, es grave, tiene que tratarse, ponerse mejor, no sirve que vaya yo, no le va a hacer bien.

—Si Mariano, ella a vos te escucha. No sabés como llegó esa noche a la casa de la abuela, cuando vos no venías porque estabas en el centro. Ella llegó mal, yo no sé qué le pasó Mariano, pero bien no estaba. Y tú tía dice que ya venía rara, que a veces la mandaban a un lado o a otro y desaparecía. Tu tía no le decía nada, porque sospechaba que tenía un novio o algo así.

— ¿Un novio? Jazmín nunca tuvo novio papá.

—No, por eso, eso es lo grave. Mariano: cuando vos me pediste que vaya con vos a lo de la abuela y todo eso ¿te acordás de esas semanas?... bueno ahí fue, y no pasó una sola vez, ella no lo quería decir porque tenía miedo. Por eso ella estaba así. Viste y tu tía pensando que tenía un noviecito. Eso es culpa de ella y de tu abuela, porque los dejan hacer cualquier cosa. Eso sí tengo que agradecerle a tu madre, que aunque sea una rompe bolas, a vos te enseñó bien, todo lo que tenía que enseñarte.

—¡Viejo de mierda, lo voy a matar! Jazmín no se toca, me las va a pagar.

—Calmate, ahora lo importante es que tu prima se recupere. Ya habrá tiempo para ver qué hacer.

—Viejo, tengo que decirte algo, pero tiene que quedar acá, un pacto de hombre a hombre, como antes. Prometemelo. Y de todo esto ni una palabra a mamá, por favor.

La última vez vi a Jazmín, fue hace poco. Iba sola por la calle, estaba distinta, y cuando me vio quiso cruzar de vereda. Pero me puse delante de ella para que tuviera que enfrentarme. No pronunció ni mi nombre, no emitió sonido, me escupió, se quedó mirándome fijo, y antes de irse me dijo “morite”. Yo me quedé parado y me dieron ganas de llorar. Pensé en mamá cuando decía que nadie nos cuidaba en esa casa. Pensé en mi viejo, en la tía Ana, y en Jazmín obvio, yo no sabía nada de lo del almacenero, si no todo hubiera sido distinto.

Ya no había pequeños lugares de luz por donde meterme al clan. Pero seguía siendo uno de ellos, aunque lo negaran. Supe que Jazmín fue la que habló. Y me dio tranquilidad saberlo, porque al menos mi viejo cumplió con nuestro pacto.

Cuando cambiamos nuestra percepción del mundo
el mundo cambia.

Prender un fuego violeta son voces en juego, ojos
que miran a través del antifaz violeta. De unas
manos que no se cansan de teclear para construir.
Poner el cuerpo a disposición del arte y de la lucha.

Si somos porque nos narramos y porque nos
nombramos, entonces tenemos que construir
voces que nos representen a nostrxs y a nuestra
historia.

Este libro es parte de mi TIF de grado para la
FPyCS UNLP. Pero también es parte de mi
construcción como feminista, mujer,
comunicadora y escritora.

Que el fuego nunca se apague.

